

Mayte Esteban
Su chico de
alquiler



SU CHICO DE ALQUILER

Mayte Esteban

*A Ana, mi amiga, mi niña,
que lleva media vida ganándole
la batalla al enemigo.*

*A Álex, mi príncipe
que convirtió en una realidad
mi sueño.*

*A Aitana, mi niña nueva,
que convirtió en un sueño
mi realidad.*

*A Alberto, que me lleva de la mano
para que nunca me pierda.*

La ciudad se despereza. Las calles se empiezan a llenar de coches que van a provocar el atasco de siempre. Se abre el grifo de una ducha. Se enciende una cafetera. Un perro reclama su paseo de cada día mientras su dueño trata de sacarse de encima los últimos recuerdos del sueño de esa noche que ya no es. La vida se pone en marcha detrás de cada ventana, empezando a escribir la crónica de ese día de invierno en Madrid. Miles de personas entremezclan sus vidas a diario, se cruzan, se miran, se dejan pasar, utilizan el mismo autobús o compran el periódico en el mismo kiosco sin tomarse un sólo segundo en reconocerse. Es lo más normal en una gran ciudad. Uno ha visto al vecino de la puerta de al lado porque alguna vez han coincidido al tirar la basura o en el ascensor, pero nada más. Los amigos son los compañeros de colegio o de trabajo y algún familiar que no te cae demasiado mal. La vida discurre entre la monotonía cotidiana y los sinsabores de un tiempo en el que nadie es lo que le gustaría, donde nadie hace lo que los demás esperan de él. Ni siquiera hace lo que él espera hacer. A veces las historias de dos personas de esas que se ven todos los días se mezclan y se convierten en algo fuera de la rutina.

* * *

Paula se levanta perezosa. El despertador, a su criterio, es la tortura más inhumana de los tiempos modernos. Siempre lo asocia con alguna parte interesante del sueño de la mañana, y se olvida de apagarlo. Pero la insistencia del engendro acaba venciendo a su última fase de sueño y se levanta de un humor de perros. La verdad es que el despertador de hoy ese se las trae. El sonido elegido para poner en marcha a la víctima, en lugar de un simple pitido insistente, es una selva entera de animales salvajes en celo. Su amiga Raquel se bajó el tono de Internet y al final ha cumplido la amenaza de colocárselo al menor despiste. Se va a enterar en cuanto la pille. Las bromas de Raquel son ocurrentes, pero lo son mucho más cuando la víctima no eres tú.

No es que la jornada de Paula vaya a ser especialmente dura y por eso se niegue a levantarse. No es eso. Ir a clase le parece hasta soportable. Al fin y al cabo la mayor parte de las horas se las pasa durmiendo con los ojos abiertos, esperando a que llegue la hora de volver a casa. Y soñando con tener algo distinto que hacer. Lo que le resulta especialmente tedioso es seguir haciendo una carrera que no le va a llevar a ninguna parte y que le aburre profundamente.

Poco después de las siete. Suena el móvil. Es evidente que todo el mundo empieza a ponerse en marcha este jueves.

- ¿Diga?- todavía está algo dormida. Se arropa perezosa.

- Paula, ¿eres tú?- la voz masculina del otro lado del auricular le es familiar, pero la somnolencia le impide reconocerla.

- ¿Quién es? - pregunta con desidia y un tanto de irritación. ¡A quién se le ocurre llamar tan pronto!

- Soy papá. ¿Te he despertado?

- No. ¡Tú no! Ha sido Raquel.

- ¿Tus amigas y tú os llamáis a estas horas? ¡Desde luego no sé quien fue el listo que permitió que existieran los teléfonos móviles!- ¿Quién es el que dice que los demás llaman pronto?

- No ha sido ella personalmente. Me ha puesto una alarma un poco escandalosa.

- ¡Lo siento, hija! Ya sabes que no me gusta nada que siempre estés con el teléfono en la

mano ¿Me puedes hacer un favor?

El tono de voz con el que su padre habla le advierte que no le va a gustar y se apresura a poner una excusa, por si acaso. Es experta en excusas, así que no duda que algo se le ocurra en la siguiente fracción de segundo.

- No lo sé. ¡Depende del tiempo que tenga!- ¡Bien!

Primera pregunta sorteada. No es un no, pero tampoco le ha dicho que sí a la primera.

- Verás. Tus hermanas pequeñas tienen que comprarse ropa y yo prometí llevarlas, pero me he acordado que tengo una cita, ¿no podrías acompañarlas?

Paula se lo teme. Acompañar a sus hermanas es lo que ella llama un paquete de primera, y se apresura a empujar su inventiva para que no le endosen el muerto. Y le cuesta, porque todavía está medio dormida.

- ¿Por qué no le dices a Susana que las acompañe? Al fin y al cabo es tan hermana suya como yo. Verás papá, es que 13

yo no puedo. Tengo que ir a clase y después he quedado con un chico.- Es absolutamente falso, pero todo vale con tal de no tener que llevarse a los dos angelitos.

- Es que Susana tiene un examen. Por cierto, ¿quién es ese chico?

- Bueno... - de repente piensa que puede matar dos pájaros de un tiro. Su padre hace tiempo que le da la paliza con la necesidad de estabilizar emocionalmente su vida. ¡Como si él predicase con el ejemplo! ¡Como si la vida hubiera que estabilizarla a los 19! - Es que salgo con un chico papá. No te lo había dicho todavía... - No tiene ni idea del lío en el que se está metiendo.

- ¡Me alegro mucho! Tienes que presentármelo - el padre se entusiasma con la idea. Es un hombre que siempre se entusiasma con los comienzos.

- Más adelante. Ya habrá tiempo. Ahora apenas nos acabamos de conocer.

- ¡Se me ocurre que puedes llevarlo a la boda!

Paula se despierta de golpe con las palabras de su padre. No cuenta con ellas. También se le ha olvidado la boda.

¡Claro! Por eso las niñas tienen que ir a comprarse ropa.

- ¡No, no, papá, es igual! Es un poco pronto para que lo conozcas. De verdad. Es sólo una historia que está empezando. No creo que sea adecuado que me lo lleve a la boda. Además no creo que este chico sea el definitivo...

- ¿Qué pasa? ¿Ese chico se avergüenza de ti? Ah, ya sé, ¡es un impresentable con los pelos hasta las rodillas! O aún peor, no tiene pelo...

- ¡No, no es eso, es que...!- ¿qué ha hecho? Su padre ya se está haciendo líos.

- Nada, ¡en la boda lo espero sin excusas! ¡Adiós! Intentaré que mi secretaria acompañe a las niñas. Te quiero, princesa.

- Eso, que vaya tu secretaria. ¡Yo también te quiero mucho, papá! ¡Adiós!- corta antes de que cambie de idea.

Paula esconde el teléfono bajo la almohada. Aún está demasiado aturdida para calcular las consecuencias de su poca cabeza. Inventar mentiras no está bien, no lleva a ninguna parte, pero a veces, cuando algo no le gusta, lo hace. Es como sentir que se puede controlar el mundo. Aunque la mayoría de las veces sólo funciona un rato. Al final la mentira acaba dominándolo todo y ella castigada sin salir. Y ya tiene edad para empezar a madurar. No ha apagado la alarma del todo, sólo la ha detenido, así que la selva se pone en marcha de nuevo. Saca el teléfono de debajo de la

almohada y lo lanza encima del montón de ropa sin recoger que abandonó la noche anterior. No es buena idea. Ahora tiene que levantarse para detenerlo del todo.

* * *

La Facultad, el bar donde se reúne con sus amigas, para tomar siempre la misma cerveza, está lleno a rebosar. Paula, bastante frustrada, les está contando sus desventuras, las cuales tienen mucho que ver con su vida universitaria, que no es todo lo satisfactoria que ella hubiera deseado.

- ¿Sabéis cuántos somos? ¡Nada más y nada menos que ciento cincuenta y cuatro metidos en un aula de menos de 100 metros cuadrados! Encima que tengo que estudiar sociología, que lo puse en la opción treinta y siete, tengo que soportar una clase hasta arriba de gente tan frustrada como yo, a la que la sociología le importa lo mismo que el precio de las zanahorias en el mes de marzo. Y para colmo nunca llego a tiempo para coger sitio. ¡No me entero de nada, y me estoy empezando a hacer amiga de la ventana!

Paula se queja sin parar a sus amigas acerca del desolador panorama que enmarca su vida actual. Ni siquiera está segura de si debe continuar esa carrera por más tiempo.

¡Ya ha tenido bastante con tener que repetir en septiembre la mitad de las asignaturas de primero! A Paula no se le dan bien los libros. En realidad no se le da bien nada. En eso se parece a su padre. Empieza todo pero después no sabe cómo acabar.

- ¡No te preocupes!- dice Raquel, justo antes de meterse en la boca la última aceituna de la tapa. Es la pequeña de las tres. - Seguro que a medida que pasen los días lo verás todo un poco mejor - pero Paula no participa del optimismo de su amiga.

- ¡Siempre te puedes saltar las clases si no te apeteecen!-dice Marta. Es la hermana mayor de Raquel, aunque no se parecen en nada. Ellas todavía están en el instituto y como se piren la jefa de estudio les pone un parte.

* * *

- ¡Es cojonudo tío! Mi clase está hasta el culo de chicas.

¡Y están todas buenísimas! Seguro que este año no se pasa sin que consiga ligar.

Javier está con Ángel, su mejor amigo, en la puerta de su casa. Habla con entusiasmo de su clase en la Universidad.

Su filosofía de mínimo esfuerzo le regaló plaza en una de las únicas carreras para las que le llegaba la nota, sociología, pero da igual. A él lo de estudiar le trae completamente al fresco. Lo que le apetece es pasárselo bien mientras retrasa todo lo posible su ingreso definitivo en la vida adulta. Y esa clase que le ha otorgado la diosa Fortuna es digna del mismo dios de los dioses: un paraíso de féminas, que pueden enamorarse locamente de él. Está dentro del cálculo de probabilidades. La estadística es la única asignatura que se le da bien.

- ¡Tú estás loco!- le dice Ángel. Sus ojos verdes reflejan estupefacción. - No has ligado desde una fiesta en segundo, y eso fue porque la víctima era de otro instituto y además estabais completamente borrachos. ¡Pero si le vomitaste en la falda y la pobre estaba tan mal que no se enteró que fui yo quien la llevó al final a casa! No paraba de decirme cuanto más tiempo pasaba conmigo, más guapo le parecía...

- ¡Joder tío! ¿Siempre tienes que recordarme aquella historia?

- Reconoce que es la única historia que te puedo recordar. Y tu flirteo amoroso con M^a Paz Torres en infantil. Tu vida amorosa es de lo más..., como diría yo, ¡breve!

- Te olvidas de las gemelas de primero.

- ¿Las gemelas? ¡Pero si se pegaron a ti para tratar de enrollarse conmigo!

- Bueno, eso va a cambiar. He decidido hacerme un cambio de look.

- ¡Cómo no te cambies la cara y el cerebro! -dice Ángel.- Tienes ya 20 años y a veces actúas como si todavía estuvieras en los 12.

- ¡No te pases! ¡Oye! ¿Sabes que no me va del todo mal en el nuevo trabajo?

- Eso de los libros.- Ángel ironiza con el empleo a tiempo parcial de Javier.- ¡Ten cuidado, no sea que te dé por leer alguno de vez en cuando!

- No tengo que leerlos, sino entregarlos. ¡Y se llama Club de amigos de la literatura, no eso de los libros como dices tú! Por cierto, tengo que entregar ahora mismo unos pedidos. ¿Vienes?

- No puedo. Mi madre me ha pedido que la lleve al centro comercial. ¡Luego nos vemos!

Javier coge su moto, un vespino destartado que tiene desde los 16, y acelera. Nunca le van a poner una multa por exceso de velocidad con este cacharro. Confía en ir ahorrando para comprarse un coche, aunque sea de sexta mano. Las chicas prefieren los coches a las motos, sobre todo cuando hace tanto frío como hoy.

* * *

- No me parece bien que esquives a tus hermanas, Paula.

Eva, la madre de Paula, está bastante enfada con su hija. Sabe que Loreto y Cayetana no son unas niñas con las que de gusto quedarse, pero de todas maneras no le parece oportuno que su hija se muestre tan esquivada con ellas. Al fin y al cabo son sus hermanas pequeñas.

- Lo único que sé es que no voy a ser yo quien cargue con el muerto. No quiero ir a la boda, y mucho menos si tengo que encargarme de esas dos. Además, ¿a que Susana irá también?

- Seguramente.

- ¡Pues que las cuide ella! ¡También son hermanas tuyas! Yo, si quiere papá, me quedo con los gemelos.

Paula sigue cabezota con el asunto. No soporta a sus hermanas porque siempre tiene problemas si se queda con ellas. Susana se las ha arreglado para que las pequeñas estén siempre dispuestas a liarla cuando tiene que cuidarlas.

- ¿No será que quieres ir sola porque vas acompañada?

Paula se sorprende. Le extraña mucho que hasta los oídos de su madre haya llegado la mentirijilla que le ha contado a su padre. Al fin y al cabo no se llevan mal desde que se separaron, pero tampoco bien. Se ignoran civilizadamente. Lo único que les queda en común es ella, y ya es mayor de edad.

No tendrían que hablar si no quisieran. Ella no lo haría. Cuando una historia se termina hay que ponerle fin. O punto. Pero uno solo. Si se deja en puntos suspensivos no se puede empezar nada nuevo.

- ¿Quién te ha dicho eso?

- Bueno, la misma fuente que me informó de tu negativa a acompañar a tus hermanas. ¿Por qué no me has dicho que tienes novio?

- ¡Porque...!- No sabe qué contestar. - ¡Porque no tengo por qué estar contándoos mi vida! ¡Déjame en paz! ¡Eres lo peor! ¡Siempre te quieres enterar de todo!

Se va dando un tremendo portazo y dejando a Eva con la palabra en la boca. Ésta sonríe, sin darle importancia al arrebató de su hija. Paula es de arrebatos que se diluyen a la misma velocidad que llegan.

* * *

Javier comprueba la dirección antes de entrar. Le ha costado mucho llegar hasta el lugar, y quiere estar seguro, para no encontrarse sorpresas. Más de una vez se ha confundido de puerta y eso le ha costado aguantar malos modos de ciertas personas no excesivamente amables. Llama a la puerta y no tardan en abrir.

- ¡Hola! Yo venía... - la joven que le abre no le deja terminar. Tiene un aspecto muy vulgar, y masca chicle sin disimulo.

- ¡Siéntate ahí y espera tu turno!

Se instala al lado de otro chico que está ojeando una revista. Javier no puede estar sin hablar, así que le pregunta al chico, para entablar una conversación.

- ¿Tú también vienes a entregar algo?

- No. Yo estoy citado para una entrevista de trabajo.

- A lo mejor la tía de la puerta se ha creído que yo también venía a eso. Si no te importa me dejas pasar primero.

Yo sólo tengo que darle estos libros, que me pague y me largo.

-¡Sí hombre! Y mientras tú le vendes una enciclopedia y cabreas al personal, yo me quedo sin curro. ¡De eso nada! ¡Te esperas!

- ¡Que no! ¡En serio! Soy del Club de amigos de la literatura. Ya me han hecho el pedido por Internet. Yo sólo tengo que dejar los libros, cobrar y largarme. Además tengo la moto mal aparcada. ¡Mira! Estos son los libros.

- ¡Ah, yo también soy del Club! El mes pasado me compré unas novelas de misterio muy entretenidas. ¡Está bien, pasa tú primero! ¡Pero no tardes!

- ¡Prometido!

La chica del chicle sale de la habitación contigua. Ahora no se conforma sólo con mascararlo haciendo ruido, sino que también hace pompas que estallan como pequeñas explosiones.

- ¡El primero! ¡Que pase!

Javier se levanta. Da las gracias al otro chico por permitirle colarse y entra al despacho. Una mujer de mediana edad le espera detrás de una mesa imponente. Se parece a la chica de antes pero sin chicle.

- ¡Pili! Tráenos un café. Y haz el favor de tirar ese chicle, que me pones enferma.

- ¡Sí jefa! ¡Lo que mande! - se va dando un portazo, con un tono de burla pegado en los labios.

- Discúlpala. Es que es un poco rebelde, pero es mi hija, y en algo tiene que trabajar.

- No, por mí no tiene que disculpar a nadie. A mí me da lo mismo que la gente coma chicle. Verá, es que yo venía... -Javier no puede terminar, porque Pili entra en la habitación con los dos cafés. Es raro. Nunca le invitan a café cuando lleva un pedido. El chico de la sala de espera se

puede cabrear y a él le pueden poner una multa en la moto.

- No quiero que nadie nos moleste en un rato. No me pases llamadas.

- ¡A sus órdenes!- Pili hace un gesto más de mofa que de respeto.

- Bien, por dónde empezamos.- La mujer se dispone a empezar la entrevista.

- Es que yo he venido... - trata de abreviar porque tiene prisa.

- No me hace falta que me digas a lo que has venido. Lo sé. Empezaremos por la ficha.

¿Nombre?

- Javier Muñoz. Pero...

- ¿Edad? Bueno, joven. No nos hace mucha falta saber la edad. ¿Puedes ponerte de pie?

- Sí, cómo no - Javier se levanta, un tanto extrañado por el interrogatorio repentino. La mujer rodea la mesa y gira en torno a él, analizándole con detalle.

- ¿Tienes una fotografía?

- Pues sí. El otro día me hice unas para el carnet de la Facultad y me han sobrado. Las llevo precisamente en la cartera, con el teléfono y todo apuntado detrás. ¿Quiere una? -no entiende nada, pero decide seguirle el juego, por si eso le ayuda a irse antes. Se la da.

- ¿Tienes alguna enfermedad contagiosa?

- Todos los inviernos pillo la gripe, pero nada más.

- ¿Experiencia?

- Bueno, llevo ya un tiempo en esto. Al principio se me daba un poco mal, porque las direcciones no me las daban del todo claras, y pillaba cada borde cuando me equivocaba de casa..., pero ahora muy bien.

- Tendremos que hacer algo con esa ropa, pero puedes servir. Creo... - la mujer se acerca, le baja la cremallera del pantalón y le agarra el paquete cuando menos se lo espera.

Javier se queda pálido.

- ¡Señora, qué hace!

- Lo siento, pero me gusta saber el material con el que trabajo antes de ponerlo en el mercado.

- ¡Pero es que no me ha dejado hablar! Yo soy del Club de amigos de la literatura, y vengo a traerle un pedido.

- ¡Ah! Yo creía que... - La señora se queda bastante cortada, y se apresura a tirar la ficha de Javier a la papelera.

- El chico que usted cree está fuera. Bueno, ¿me paga o me voy? Son 20 euros.

- Toma, 50. ¡Quédate con el cambio!

Javier sale del despacho alucinado, casi más por la propina que por la situación embarazosa que acaba de vivir. El otro chico espera impaciente.

- ¡Joder macho! Decías que no ibas a tardar.

- ¡Yo no sé qué tipo de trabajo es éste, pero la tía te va a meter mano en cuanto te despistes!

El otro chico se echa a reír. Pili sale del despacho y pide al nuevo que entre. Javier todavía no se ha ido. Esta poniéndose el abrigo que antes se ha dejado fuera, aunque no es frío precisamente lo que tiene.

- ¡Qué! ¡Ya te ha metido mano mi madre!- Pili se ríe de él. - ¡Tranquilo, chaval! Lo hace con todo el mundo. Pero luego es un pan. Y paga pronto y bien. Además, ella es más peligrosa que sus clientes. ¡Te lo aseguro!

- ¡Hasta luego!- Javier sale lo más pronto que puede de allí, sin querer saber más del asunto.

Pili entra en el despacho en cuanto se da cuenta de que su madre se ha ido con el nuevo de allí a un cuarto contiguo.

Su madre tiene la manía de dejar todas las cosas tiradas, y allí, en el suelo, al lado de la papelería, están los papeles de Javier, a medio rellenar, y con la foto sin pegar. Se dedica a completar la ficha con lo que se le ocurre y después la guarda en el archivo. Mientras lo hace sonríe, pensando en que le puede convencer para que acepte un encargo si algún día decide llamarle por teléfono. No le vendrá mal un pequeño plus. Su madre no es que valore mucho su trabajo y lo compense con un sueldo decente.

* * *

Dos semanas después Paula todavía sigue abrumada.

Se siente sola, deprimida ante la avalancha de datos que cada día toman cuerpo en forma de apuntes, y sobre todo infeliz.

Eso no es lo que ella había planeado para su futuro. Tiene como amiga a otra rebotada como ella, Ana, y las dos sufren juntas el suplicio de estudiar algo que no entraba en sus planes. Pero en esto no pensaron cuando se les fueron pasando los días sin estudiar para la selectividad. Las dos juntas pasan lo que ellas mismas denominan, depresión principio de curso. La segunda. El curso anterior ni siquiera se vieron y fue más duro que el que empezó hace un par de meses. Ahora por lo menos se apoyan la una en la otra y se están empezando a hacer buenas amigas. Ana es tan divertida como Marta y Raquel. Siempre se le ocurren disparates que a Paula le encanta secundar.

- ¡Ya no aguanto más!- dice Paula en el entretiempo entre clase y clase. - ¡Todo son problemas!

- No te preocupes, - le responde Ana - la estadística sólo es insoportable hasta que empiezas a entenderla.

- No estoy hablando de estadística. ¡Estoy hablando de mi vida!- Paula parece muy apenada.

- ¿Qué pasa ahora?- pregunta Ana, mientras se sientan en un banco del pasillo.

- Mi padre. Ha decidido casarse de nuevo. Y para colmo se me ocurrió decirle que tengo novio y quiere que lo lleve a la boda.- Ana, que casi no conoce nada de la vida fuera de la facultad de su amiga se sorprende.

- ¿Tus padres están divorciados?- Ana cree haber oído a Paula alguna vez hablar de su madre, pero nunca relacionada con ningún asunto que tenga que ver con su padre. En realidad hace muy poco que se conocen y no suelen hablar de su familia. Hablan de chicos, de libros, de fines de semana, de ropa, de música, de compras, de maquillajes... La familia no ha salido en sus conversaciones.

- Sí, - responde ésta - creo que yo tenía tres años cuando mi padre decidió que mi madre ya no era el amor de su vida. Así que se divorciaron. Muy civilizadamente eso sí. Desde entonces he ido a una boda de mi madre y dos nuevas bodas de mi padre. Esta será la tercera a la que voy, pero la cuarta de su historial personal. La primera me la salté, obviamente.

Ana se queda pasmada. Paula le cuenta la historia como lo más normal del mundo, a pesar de que no parece muy contenta. Para Ana no deja de ser, por lo menos, muy extraño.

Como el guión de una serie de televisión. ¡Cuatro mujeres! ¡Si su padre no sabe qué hacer con una!

- Y lo mejor son mis hermanos... - continua Paula, que ese día tiene necesidad de hablar con alguien. - Tengo cinco.

Te explico. Los dos gemelos son hijos de Silvia, la primera mujer de mi padre después de mi madre. Son dos chicos estupendos. Tienen ahora once años, y aunque están en la edad más tonta, me encantan. Creo que son mi debilidad. ¡No puedo decir lo mismo de mis hermanitas! Son hijas de la tercera mujer de mi padre, Patricia. Una tiene 7 años y la otra 5, y desde su más tierna infancia son... ¡Tienen a quién parecerse! Tienen una hermana mayor que bate récords de estupidez. Es el ser humano más tonto que he visto en mi vida.

Yo la llamo la maniquí, aunque se llama Susana.

- ¿Pero no has dicho que tenías cinco hermanos?- dice Ana. Inconscientemente los ha ido contando y sólo le salen cuatro. Quizás le sorprende que en los tiempos que corren alguien pueda tener tantos hermanos. Ella sólo tiene una.

- Como te dije mi madre se casó otra vez, y tuvo un hijo con su marido. Este es un poco más mayor que los gemelos.

Va a su bola desde que nació. ¡Es un verdadero marciano! y mira que su padre es una persona de lo más normal y de lo más agradable del mundo. ¡Pero él es así! Si le da la vena no nos habla. Mi madre dice que es la edad. Pero lo lleva diciendo años. Toda la vida llevo esperando a que se comporte como una persona, pero ya voy perdiendo las esperanzas.

- ¿Y con quién vas a ir a la boda? -pregunta Ana.

- ¡Yo que sé! No tengo ni siquiera un amigo de confianza. Si un chico fuese algo que se pudiese comprar, como una buena moto, o un coche último modelo, ya lo tendría.

Mi padre se habría encargado de comprármelo, como hace con todo. Para que mi madre se ponga de mala leche, aunque cuando está ella delante disimula. Pero un chico no se puede comprar. Bueno, mi padre me lo compraría también, pero ¡no!, mejor que ni se le pase por la cabeza. ¡Sólo Dios sabe qué

consideraría adecuado para mí! Tengo que conseguir un chico en unos días y no sé por dónde empezar a buscar.

Ana se queda pensativa. Algo da vueltas en su mente, porque poco a poco en sus labios se dibuja una pícara sonrisa, señal de que en su mente híper activa se está forjando alguna estratagema divertida para sacar a su amiga del apuro. Ana y sus ideas geniales. Saca el móvil del bolso y se conecta a Internet.

-Vender, lo que se dice vender, no los venden. Creo que es ilegal. ¡Pero se me acaba de ocurrir una idea! En un momento tendrás la solución.

* * *

La habitación de Ángel, como siempre, está en el más perfecto de los desórdenes. Los libros comparten banqueta con alguna ropa sucia desde hace varios días, y las botas y los zapatos esperan tranquilamente ser usados debajo de la mesa del ordenador. Los coches en miniatura no tienen un lugar bien definido para ellos, por lo que se sitúan estratégicamente entre cualquier cosa, ya sean los CDs, el mp4 o los cajones, que, según él, guardan recuerdos. Aunque haya

olvidado qué es lo que le recuerda cada cosa. Pero a pesar de las fotos colocadas al azar por las paredes, recuerdo de noches de juego y días inolvidables, y los trastos que lo invaden todo, es un lugar acogedor.

- Javier, ¡eres el tío más gilipollas que he visto en mi vida! ¿Cómo se te ocurrió aceptar el trabajo después de lo que te hizo esa tía?- dice Ángel.

- No fue ella la que me llamó, sino la hija. A ella le parece que lo puedo hacer bien. ¡Qué pasa! De este modo seguro que acabaré saliendo con alguna chica. ¡Y encima voy a cobrar por ello!- se tira de golpe en la cama, provocando una mueca de disgusto en la cara de Ángel, que a esas alturas de su amistad ha dejado de intentar explicarle que odia que se tumben en su cama. Se lo ha comentado miles de veces, pero a Javier las cosas le entran por un oído y le salen por el otro.

- ¡Claro! Como que te crearás que el primer día de trabajo lo que tendrás que hacer será acompañar a Giselle Bündchen porque no ha encontrado a nadie que pueda salir con ella en Madrid. Lo que te tocará será aguantar a una vieja insoportable que encima te meterá mano aunque no quieras, como esa mujer a la que le llevaste los libros. ¡Y con todo derecho, porque habrá pagado! Y eso contando con que no te endosen un tío...

- No hay que ser tan pesimista colega. ¡Eres más melodramático! Y por lo de los tíos no te preocupes. A Pili se lo puse bien claro: de tíos nada. Si he aceptado es solo porque me parece divertido...

- ¡Pero no te das cuenta de que es... te vas a convertir en...! Dios, estás tarado. Acabarás arrepintiéndote.

- No haré nada que no quiera hacer. Trabajo para la hija, no para la madre.

Ángel no sale de su asombro. Javier nunca ha sido un chico muy cuerdo, pero en las últimas semanas parece que su sentido común, definitivamente se ha tomado unos días de vacaciones.

- ¡Lo que no consigo explicarme es qué ha visto en ti! Además de ser el tío más desastre del planeta eres espantosamente feo.

- ¡No te pases tío! Ya sé que no soy tan guapo como tú, pero somos amigos.

- Tío, es que para pensar que tú eres guapo no hay que ser tu amigo, ¡hay que ser tu abuela!- dice Ángel.

- Pero eso no tiene importancia en este trabajo. Antes de entrar en acción, Pili te hace algunos arreglillos. Mira, esta foto me la hizo el otro día, y la próxima vez que vaya me ha dicho que me va a cortar el pelo de otra manera. Esa chica es una caja de sorpresas. La verdad es que ya me estaba haciendo falta un corte de pelo. Y encima me lo ahorro. Mi padre me ha recortado el presupuesto. Ha dicho que cuando apruebe hablaremos. Como sé que no voy a aprobar, necesito trabajar.

Y con la sociología no se llega a nada. ¡Hay que abrirse campos!

- ¿Tú sabes cómo quedará en tu currículum este trabajo?

¡Dejémoslo! Eres imposible.

En la fotografía Javier está irreconocible. Le han vestido de una manera radicalmente distinta a su desaliño acostumbrado, y las luces empleadas para la foto, así como una ropa muy distinta a la que usa a diario, han obrado el milagro. Tanto es así que hasta Ángel tiene que reconocer que esa Pili es muy buena detrás de la cámara.

- ¡Compadezco a la pobre infeliz que tropiece contigo chaval!- a Ángel le parece

absolutamente descabellada la idea de que Javier haya aceptado el empleo que le han ofrecido en la agencia de chicos de alquiler. De entrada el negocio no es del todo legal, y después nunca se sabe dónde puede dejar de ser divertido.

- ¿Por qué no te vienes conmigo un día a la agencia?

Quizás Pili tenga un sitio para ti - le sugiere Javier a Ángel.

- ¿Yo?- dice éste. -¡Ni lo sueñes! Con un loco ya tenemos suficiente. Además, si yo no pongo un poco los pies en la tierra por ti cualquier día empezarás a levitar y a viajar por esas nubes por las que tienes a tu cerebro. Da gracias por tener un lastre que te mantenga cerca de la realidad.

- Es verdad colega. ¡Eres tan pesado como un lastre!- le dice Javier, poco antes de empezar a pegarle, como siempre desde que eran amigos.

* * *

Ana, después de mirar en las secciones de contactos consigue la que buscaba. No hay quien la gane en esto de localizar algo por Internet.

- Mira, es aquí.- Señala los anuncios del final de la pantalla. En apariencia son perfectas y legales agencias matrimoniales.

- ¡Pero si yo no me quiero casar! ¿Para qué quiero una agencia matrimonial?- exclama Paula extrañada.

- Esta de aquí parece una agencia matrimonial, pero no lo es. Es sólo un truco para anunciarse y justificar de un modo legal algo que no lo es. Una amiga de mi hermana contrató aquí a un chico para darle celos a su novio. El muy cabrón le había puesto los cuernos. Lo malo fue que, además de ser un cabrón, el tío tiene muy mala leche, se cabreó, y el chico alquilado acabó con un ojo maquillado y el otro no. Todas las amigas le tuvieron que prestar algo a la chica, porque si devuelves el género en mal estado tienes que pagar una indemnización.

-¡Cómo cuando alquilas un coche y lo rompes! ¡Es alucinante! ¿Cómo pueden existir cosas así?... ¿Y estaba bien el chico?- pregunta Paula. La curiosidad empieza a hacerle pensar que tal vez no sea tan mala idea aquello de alquilar a alguien por unas horas. De algún modo tiene que salir del lío en el que se ha metido. Eso o decir la verdad. La verdad no le apetece.

- Mi hermana me dijo que si hubiese sido su amiga se hubiese quedado con el de alquiler en lugar de con el novio. Lo malo es que no estaba disponible...

- ¡Dame el teléfono! La boda no es hasta dentro de unos días, y tengo que saber cuánto dinero me va a costar la bromita.

Las dos amigas se ponen manos a la obra. En poco tiempo averiguan el dinero que necesita Paula para cubrir la torpeza que ha cometido mintiendo a sus padres y calculan si resultará sensato optar por este sistema. Al final las dos convienen en que, en el caso de que alguien se dé cuenta y no se trague la historia, por lo menos será una aventura que de la que podrán reírse después. Una buena historia para sus ratos de pasillo en la facultad.

La siguiente clase es realmente insoportable, así que deciden tomársela libre. Les gusta salir del edificio siempre que pueden así que eso hacen. Sin remordimientos de conciencia.

La diferencia a final de cuatrimestre será insignificante. Hoy toca centro comercial.

- ¡Me encantan estas clases! ¡Son, de todas las que tenemos, las que realmente encuentro instructivas!- se entusiasma Paula mientras se pone el abrigo. No mira lo que está haciendo y

acaba empotrando su puño contra el ojo de un compañero que entra en esos momentos.

- ¡Ostias, qué golpe!- protesta él, mientras se cubre la cara con las manos.

- ¡Lo siento! No te he visto. ¿Te he hecho daño?- Paula se pone colorada. No habla mucho con los chicos de clase. En realidad no habla mucho con los chicos en general porque no sabe cómo hacerlo.

- Un poco, pero creo que sobreviviré – dice sin descubrirse el rostro.

- ¡Discúlpame! Me tengo que ir.- Sale de la clase disparada, seguida por Ana. -¡Qué vergüenza!

- ¡Tía, le podías haber dado a otro! Ese es el más idiota de la clase y como se lo cuente a la panda de amigos que tiene vamos a dejar de pasar desapercibidas. Y no precisamente por ser las chicas más atractivas, sino por ser las más tontas.

* * *

Por la tarde Javier contempla su imagen ante el espejo.

Está seguro de que no le va a descubrir nada nuevo, porque se ha mirado cientos de veces durante aquellos días, pero algo le impulsa a pararse una más. Lo que ve le sorprende. Allí, al otro lado de la habitación invertida hay un muchacho diferente. No es el mismo que siempre mete la pata. No se trata de ese que no sabe nunca hacer lo que los demás esperan de él. No es el que los demás ven, sino el que no es capaz de mostrar.

- ¿Estás seguro que esto es lo que quieres hacer?- es el de dentro el que pregunta. O a lo mejor no pregunta y es él mismo quien se lo imagina.

- No. Ni siquiera sé por qué le hice caso a Pili - el de fuera es, por primera vez, sincero. Aunque sea con el espejo del baño.

- Todavía estás a tiempo de dejarlo. Nadie te dirá nada.

No hay un contrato firmado. Todavía no te has comprometido.

- Puede ser mi oportunidad. ¿No te darás cuenta de que no le intereso a ninguna chica? Siempre me acabo quedando solo cuando los demás desaparecen con ellas cada fin de semana. Yo no merezco la pena.

- Yo creo que eres un chico que nadie se ha parado a conocer.

- ¡Pues a lo mejor así voy cogiendo práctica!

- ¿Y por qué no haces otra cosa?- el de dentro parece tener las preguntas que Javier no se atreve a formular.

- ¿Qué quieres que haga?- es raro, pero se pide consejos a sí mismo y las respuestas surgen.

- Quiero que te quites ese disfraz de payaso, que seas realmente tú. Ese tío al que proteges.

- ¡Siempre que te he dejado salir las cosas han ido mal! -abre el grifo y empieza a echar agua al espejo. Tal vez quiera borrar su imagen reflejada. Se ha cansado de pensar en voz alta. - ¡Vete! No quiero volver a verte - Javier está furioso. Se oye una voz al otro lado del baño.

- ¿Te pasa algo?- es su padre el que habla.

- ¡Eh! No, papá. Me he cortado al afeitarme. Eso es todo - ha girado la cabeza para que su padre le oiga a través de la puerta, dejando de mirar al espejo por un instante. Cuando se vuelve sólo ve reflejado su rostro. El de siempre. Sin matices que le hagan sospechar que el otro ha estado allí. Parece que se ha ido y le ha dejado en paz de momento.

* * *

Paula intercambia e-mails con la agencia varias veces en los siguientes días y al final llegan a un acuerdo. El chico que le enviarán va a ir a buscarla a su casa, y estará con ella hasta las doce de la noche. Después, si se queda por cualquier motivo, empieza a funcionar la tarifa nocturna, que en este caso no es como la de la compañía de la luz, sino más bien todo lo contrario.

- ¿Hasta las doce? ¿Cómo en Cenicienta?- pregunta Ana, que está tan implicada en la aventura como su amiga.

- ¡Ya ves! Espero que no salga corriendo, ni pierda ningún zapato. Oye Ana,... lo malo de todo esto es que, como mis ingresos mensuales son lo que quiera papá, ya no me queda dinero, y aún no tengo un traje para la boda. ¿Me puedes dejar algo hasta que me recupere? Te lo devolveré en cuanto se pase todo esto. No puedo pedírselo a nadie sin que me pregunten para qué. Y no me parece momento para explicaciones.

- Yo tampoco tengo mucho. Pero tengo un traje genial para ese día. Me lo compré para una boda de una prima de Segovia y sólo me lo he puesto una vez. Creo que te puede servir. Incluso me compré un bolso a juego. Es demasiado bonito para llevarlo todos los días y no es precisamente cómodo para llevarlo de bares o a clase todos los días. Por eso sólo me lo he puesto una vez.

- Suele pasar. Yo tengo unos cuantos de esos. ¡Se me ocurre una idea! ¡Te los cambio!

-¿Cómo si fueran cromos?- pregunta Ana.

- Cromos, trajes, ¡qué más da! La cuestión es que yo ya he llevado los míos y tú los tuyos. Será como ir de compras sin dinero. Comercio primitivo. Tú me das una cosa y yo te doy a ti otra de similar valor. El trueque me parece que no está prohibido. Aunque de todas maneras me estoy aficionando a los asuntos ilegales.

* * *

Javier revuelve el armario de Ángel intentando buscar alguna camisa que le guste. Es una práctica que suele seguir con demasiada frecuencia. No le quedan ni mucho menos como a Ángel pero siempre son mejor que lo que suele ponerse a diario. Ni en un mercadillo de segunda mano se encontraría ropa tan gastada como la suya. Hace años que no se pasa por una tienda para renovar su fondo de armario. En su casa el dinero no sobra y él no hace demasiados méritos para que sus padres decidan compartirlo alegremente.

- ¡Tío estate quieto! Lo estás tirando todo al suelo -Ángel recoge lo que Javier deja caer mientras revisa las camisas.

- ¡Esta es la que me gusta! -saca una camisa blanca que lleva años en el armario de Ángel y se dispone a probársela.

- ¡Pero no te van a dar la ropa en esa agencia!

- Sí, pero esta es para ir a clase. Tengo que empezar a cambiar de estilo. ¿No te importa que me la lleve verdad?- dice Javier mientras se saca la camiseta.- La verdad es que estoy un poco nervioso. En la agencia me han dicho que la chica que me ha contratado tiene unos 20 años; ya ves, la primera no es una vieja como decías tú. Y me invitará a cenar o algo así.

Bueno, el caso es que quiere que vaya a cenar con ella, pero todavía no sé dónde iremos. Y si

quiere que me quede después de las doce... ¡tendrá que pagar un extra!

- Si es una chica normal a las diez estarás en casita con mamá, queriendo haberme hecho caso desde el principio.

Además, ¿qué chica crees que será? Lo más seguro es que esté gorda y sea feísima. ¿Cuándo has visto que una chica guapa de 20 años tenga que alquilar a un chico?

- Ángel, te voy a dar el premio al optimista del año.

Mientras Javier se termina de abrochar la camisa suena el timbre. Ángel sale de la habitación para ver quién es. Habla con alguien durante unos momentos. Vuelve feliz. Ha hablado con ella. La chica de la que está enamorado. Lástima que no se haya podido quedar. La están esperando.

- ¡Esa sí que es una chica!

-¿Quién? - pregunta Javier, que siente curiosidad por saber qué le ha pasado a su amigo. Está como flotando en una nube, algo bastante poco propio de él. Las nubes son de su propiedad exclusiva.

- ¡Ella!

- ¡Debí imaginármelo! Llevas toda la vida colgado de esa chica. ¿Tan guapa es?

- Es una chica que no necesita un imbécil como tú. ¡Seguro!

- ¡Pues a ver cuando me la presentas!

- ¡Lo llevas claro!

* * *

Paula sale a la calle y busca con la mirada el Fiat de su amiga. Lleva puesto un tres cuartos negro, vaqueros y sus Converse rosas. El frío le sienta bien y hoy está especialmente guapa, aunque no se haya puesto nada especial. Así es como la ve siempre Ángel. Monta en el coche de Ana, que espera en la calle, aparcada en doble fila.

- No están. Bueno, otro día te los presentaré. Se habían ido con su madre, para comprar la ropa de la boda. Su hermano me ha dicho que la hermana de mi padre va a venir a recogerlos el día de la boda. Mejor. Así no tendré que explicarles quien es ese chico. ¡No te imaginas a la velocidad que son capaces de interrogarte! Y de chantajearte. Claro, si te dejas.

- Debe estar bien eso de tener tantos hermanos- dice Ana, que siempre ha echado de menos tener un hermano varón.

- Si todos fueran como éstos, sí. Pero Raúl, el que vive conmigo ya te he dicho que es lo más raro de crío que he visto.

¡Es tan profundo! Yo, la verdad, no llego a su existencialidad vital. Es asquerosamente realista, pesimista, macabro... y un capullo integral. Siempre me está puteando. Y Cayetana y Loreto son todo lo contrario. Son dos inaguantables princesitas de cuento de hadas. Casi lo más cursi que hay sobre el planeta, ocupando el lugar inmediatamente posterior a su hermanita, la maniquí.- Ana tiene que reírse ante la descripción de su amiga. Le parece curiosa la opinión tan diversa que Paula tiene de sus hermanos. Sobre todo de la hermana de sus hermanas.

- Te cae un pelín mal, ¿verdad?

- ¿A mí sola? ¡Tenías que ver las imitaciones que hace Ángel de ella! ¡Te morirías de risa!

- ¿Ángel es uno de los gemelos?- pregunta Ana, que con tanto nombre se está empezando a hacer un lío.

- No, es su hermano mayor, más o menos de nuestra edad. Ya te lo presentaré otro día. Los gemelos se llaman César y Eduardo. Indistintamente, porque yo nunca acierto y siempre digo el primer nombre que se me ocurre. A veces acierto, y las que no, bueno, están acostumbrados.

- Llegamos -Ana para el coche muy cerca de su casa.- Cuando mi madre nos vea llegar con tanta bolsa va a preguntar de dónde salimos.

- Le diremos la verdad. He comprobado que es el mejor método para que no te crean. Le diremos que yo voy de compras a tu armario y que tú vienes de comprar en el mío. A mi madre le ha parecido que estábamos locas, así que espera una reacción similar de la tuya.

Ana y Paula se pasan toda la tarde entre trajes y armarios, preparando el atuendo que ésta llevará a la cuarta boda de su padre. Ana está preciosa con una falda y un corpiño de Tintoretto que fueron de Paula. A Paula le fascinan los zapatos de súper tacón de Adela Gil de Ana, pero no tienen el mismo número. Prueban a intercambiar complementos y se ríen con algunas combinaciones. Buscan en Internet el maquillaje más adecuado y acaban pintadas como puertas, haciéndose fotos con el móvil para colgarlas en Facebook y seguir riéndose otro día. Al final encuentran un vestido rosa de Adolfo Domínguez. El escote es palabra de honor y quizá sea un poco excesivo para Diciembre, pero le queda espectacular.

En casa tiene un abrigo en color crudo que le va muy bien. Sólo falta una gargantilla para que sea perfecto.

- ¡Estás genial! - dice Ana - Ese chico se va a enamorar de ti.

- No quiero un chico enamorado. ¡Quiero alguien que me saque del lío en el que me he metido sin hacer demasiadas preguntas! Mi padre seguro que ya le ha dicho a todo el mundo que su niñita tiene novio, ¡y tú sabes lo pesadas que son las tías! Me van a torturar hasta el infinito si aparezco sola. Si llevo a alguien... en todo caso a quien torturarán será a él.

- ¿De dónde vas a decir que lo has sacado?- pregunta Ana. Los detalles tienen que cuidarse al milímetro, y la historia que se inventen no debe dejar ningún cabo suelto, si no quieren que la mentira de Paula quede al descubierto.

- No había pensado en ello. ¿Qué les digo?- Paula se da cuenta de que antes de encontrarse con los demás en la boda también tendrá que aleccionar al chico.

- Diles que os conocisteis en una discoteca - apunta su amiga.

- ¡Qué graciosa! Nunca voy a discotecas, porque no las soporto. Ni siquiera salgo sin mis amigas de toda la vida. ¡y somos previsibles! Como muy lejos llegamos al bar del barrio.

Esa historia no vale. Ellas también van a ir a la boda y se darían cuenta de que hay algo raro.

- ¿No se lo has contado a tus amigas?- Ana se queda pasmada.

- ¡No! Son un par de cotillas, y además incapaces de guardar un secreto. Seguro que antes de la boda lo sabría media España y gran parte de la Unión Europea.

-¡Ya sé! Les dirás que lo conociste en clase. Creo que debes empezar a hablarles de él. Así no les pillaré de sopetón encontrárselo en la boda.

- Sí, lo haré - Paula sigue pensativa.- ¿Y cómo les digo que se llama?

- Diles el primer nombre que se te ocurra. El nombre de chico que más te guste, o mejor alguno que sepas que no vas a olvidar con facilidad.

- ¿Y si luego el chico se llama de otra manera?

- ¡Joder tía! ¿No lo has alquilado?- le responde Ana. -¡Pues se puede llamar como a ti te dé la gana!

* * *

Viernes. Javier se pasa toda la mañana dando vueltas por su casa, nervioso ante el inminente acontecimiento. Ni siquiera sabe a lo que va. Sólo tiene una dirección y unas instrucciones claras: estar en la agencia a las dos para prepararse y en casa de ella a las cuatro de la tarde. Allí debe recogerla. Le han dicho que tendrá que presentarse como David, para guardar el anonimato. Desde que se ha levantado está esquivando al espejo. No quiere encuentros que le hagan examen de conciencia. Necesita estar tranquilo. Coge el móvil para hablar con su mejor amigo. Le da un toque para que le llame Ángel, porque ya casi no le queda saldo. Lo recargará cuando le paguen. Para esa noche quiere reservar el poco dinero que ha encontrado revisando todos sus bolsillos.

- Ángel, tío, estoy como un flan. ¿Crees que debo llevarle flores?

- ¿Te han dicho que le lleves flores?

- No -responde Javier.

- ¡Pues entonces no se las lleves! ¡Y déjame en paz!

Desde que has empezado con toda esta historia estás más pesado que de costumbre. Tengo que ayudar a mi madre.

Ángel cuelga. Tiene que echar una mano. Sus hermanos pequeños, los gemelos, van a la boda de su padre. Son unos completos desastres, y han puesto perdido el cuarto de baño mientras se arreglan, así que le toca a él limpiarlo. Piensa que las bodas no le gustan nada, pero que a aquella precisamente le gustaría ir. Inevitablemente se siente un poco al margen cuando sus hermanos emprenden un proyecto con su padre porque, como no es el suyo, Ángel siempre se queda fuera.

Aunque en el fondo sea el único personaje que ha ejercido ese cargo en su vida. Pero la razón más poderosa de su tristeza no es esa. Al fin y al cabo uno acaba acostumbrándose al abandono. Como a todo. Lo que le tiene mal era que, como siempre, ella estaría allí. Paula. Le tiene fascinado desde que la vio por primera vez. Tenía apenas seis años y se enamoró. Los ojos de ella eran los más grandes que había visto y su pelo negro y largo, suelto como el de las chicas mayores, le encantaron. Ella le agarró de la mano en cuanto le vio para que se fueran a jugar juntos. En ese momento Ángel decidió que su madre tenía que casarse con el padre de aquel a niña. Con seis años no se tienen muchas opciones de correr tras el amor de tu vida, así que es mejor que te lo traigan a casa. Cuando Silvia, su madre, le anunció que se casaba le faltó poco para ahogarla con el abrazo. Por eso, lo que más le dolió del divorcio de su madre no fue el hecho, para él trágico, de quedarse sin el único padre que le había dado la vida, sino que se acabaron aquellas tardes de juego con Paula, cada vez que su padre tenía su turno de visita.

- Ángel, ¿tengo bien puesta la corbata?- pregunta César, sacándole de sus pensamientos.

- Sí. Bueno, eso creo. Yo no suelo llevar corbata. ¡Edu!

¡Estate quietecito que te vas a ensuciar y mamá se va a cabrear!

- ¿Cuándo nos vamos?- grita Eduardo. Edu siempre grita. Es la mejor manera de distinguirlos.

- Cuando venga vuestra tía a buscaros. Pronto supongo, porque la boda es a las cinco, así que no puede tardar.

* * *

Paula acaba de llamar a Ana. Las clases de ese viernes han sido iguales a las de todos los viernes. Hoy es imprescindible peluquería y por eso no ha pasado por la facultad. Ana ha cogido los apuntes y le desea suerte en su cita. No puede evitar estar un poco nerviosa. Casi está decidida a echarse atrás.

- ¿Y si llamo y les digo que no venga?

- ¡Estás loca! Ahora va a empezar lo mejor.

- ¿Tú crees?- está atacada. Más de lo que es razonable.

- ¡Lláname mañana y cuéntamelo todo!

- No te preocupes, te lo contaré. Creo que tiene que estar al llegar- asegura Paula, que hace rato que no deja de mirar el reloj.

- Me das envidia- dice Ana.- ¡Vas a vivir una aventura!

- ¡Cuándo quieras la puedes vivir tú también!

- ¿Cuándo quiera? ¡Querrás decir cuando ahorre!

- Ana, tengo que colgar. Están llamando a la puerta y quiero abrir yo.

Paula va a abrir, y llega unos segundos antes que su hermano Raúl. Le cuesta bastante echarlo de allí, pero al final lo consigue. Cuando por fin abre la puerta y se encuentra a Javier esperándola con una rosa roja en la mano no puede evitar una cara de espanto. ¡Es el chico al que dio el puñetazo en clase! Por suerte él no parece darse cuenta de que ella es la agresora, lo que en parte es lógico. Paula no llama la atención en absoluto, junto con Ana ha perfeccionado hasta el límite la técnica de mimetizarse con el mobiliario en el aula, y cuando tuvieron su primer y único encuentro, la primera vez que hablaron, ella le inutilizó un ojo por unos momentos.

- ¡Hola!- dice él. - Soy... ¿David?

- ¡Hola!- responde ella.- Yo soy Paula. Espera un momento.

Cierra la puerta de golpe y se mira al espejo para comprobar si todo está en orden. Se ha puesto el vestido rosa y tiembla. A lo mejor es el frío, pero puede ser también el escote.

El maquillaje de su cara es suave, porque cualquier exceso en ese día le haría sentirse aún más insegura. En su cuello lleva una gargantilla con una piedra rosa de imitación. Después de respirar hondo, toma valor, coge su abrigo y el bolso, y abre de nuevo la puerta.

- ¿Nos vamos?- le dice, deseando con todas sus fuerzas que no se dé cuenta de nada, y evitando en lo posible que él la mire de frente.

- Sí - contesta él, preguntándose todavía a qué sitio le llevará aquella chica. Por su aspecto le parece que no debe tener muchos problemas con los chicos, pero después piensa que él tiene todos los problemas del mundo para salir con una chica. Incluso le parece imposible mantener una conversación que no esté llena de estupideces con ninguna de ellas. Se pone nervioso, le da por decir más tonterías de las que habitualmente dice y siempre acaban escapando. Y de paso cayendo en los brazos de Ángel, que oportunamente suele estar allí para recogerlas.

Bajan las escaleras hasta la calle y juntos alcanzan el coche de ella, un A3 que por la matrícula está nuevo. Montan y ella le explica lo que debe hacer. Habla deprisa, nerviosa. Evita mirarle en todo momento. Justo lo contrario que le pasa a él, que no puede despegar sus ojos de ella. Le parece muy guapa.

Ha tenido mucha suerte a la primera.

- Te harás pasar por el chico con el que salgo. Tienes que intentar ser amable con la gente, pero sin pasarte. No me conviene que memoricen tu cara. ¡Si hay un vídeo lo mejor será que lo

esquives! No quiero que bebas nada, y tampoco seas demasiado efusivo conmigo. Se supone que salimos desde hace poco. Creo que conque me des la mano será suficiente.

Nadie se tragaría de mí una historia apasionada con un chico.

- ¿Por qué?- pregunta él. Pero se arrepiente pronto al ver la expresión de Paula cuando por fin se atreve a mirarle. Su cara es de reproche.

- Mis amigas creen que llevamos saliendo un mes- sigue ella sin dejar pasar el comentario con doble intención que ha hecho él. - Ya te presentaré a mis amigas- continua.

- ¿Dónde vamos?- Javier se muerde la lengua. Es la segunda vez que pregunta en menos de dos minutos, y en la agencia Pili le ha dicho que no debe hacer preguntas.

- Vamos a la boda de mi padre. Por su culpa he tenido que alquilarte. Se me ocurrió decirle que tenía novio y... Bueno, un embrollo. Era esto o cargar con mis hermanas pequeñas. ¡y ahora me toca llevar a alguien a su boda, porque se lo ha contado a toda la familia!

Javier piensa que alguien que conoce también va ese día de boda, pero no consigue recordar de quien se trata. Tal vez sólo se lo ha imaginado.

Llegan al juzgado sólo un poco antes que su padre. Éste es un tipo muy elegante, a juzgar por su presencia, y tiene la cualidad de encandilar a cualquier mujer a la que se acerque.

Es bastante atractivo todavía, a pesar de que roza los cincuenta, y esa ha sido la gran cruz de su vida. Las mujeres lo acosan y él, quizás más consciente de lo que reconoce, se deja llevar. Sus continuas infidelidades han dado al traste con sus tres matrimonios anteriores, pero no ha perdido la esperanza de encontrar a aquella que le haga cambiar. Su perseverancia tenaz puede parecer masoquismo puro, pero en el fondo es el anhelo de conseguir una estabilidad emocional que no siente desde la infancia. Siempre se dice Mario, esta es la mujer de tu vida, la que te va a hacer sentar la cabeza, y un par de hijos después ya está tramitando un nuevo divorcio, ha tenido varias aventuras y ha vuelto a repasar, movido quién sabe por qué

extraño resorte, las conclusiones de su tesis doctoral, acabada hace más de 20 años. Cuando Mario llega, saluda a varios de sus conocidos, para dirigirse finalmente hacia su hija mayor.

- ¿Cómo estás? Ya veo que has venido con tu chico.

- Sí, papá. Se llama David.

- David. ¡Encantado!- le da la mano en señal de un afecto que ni por lo más remoto se atreve a sentir. El único sentimiento que le alcanza es algo así como una punzada de rabia e irritación. ¡Es la primera vez en su vida que siente lo que son los celos de verdad! La primera vez que se pone en el lugar de todas sus ex. - ¿Y tú a que te dedicas?

-¡Papá!- le dice Paula avergonzada y preocupada, porque no ha aclarado ese tema con el chico de alquiler.- No le preguntes eso ahora. Ya habrá tiempo. Mira, ahí viene la novia.

Javier mira al hombre. Sabe que ha visto su cara en alguna parte, y muchas veces, pero no consigue recordar dónde. La memoria no es su fuerte. Por algo lleva en segundo, en una de las carreras más fáciles, dos años. Paula se marcha con David de allí. Se da cuenta de que no han hablado de casi ningún detalle, y que aquel va a ser un día de preguntas. Casi como un concurso, sólo que no están en la televisión, y no es un presentador de traje quien lanza preguntas triviales, sino toda la bandada de tías, primas, tías abuelas y cotillas varias, las que estarán apuntando las respuestas que David acierte o falle.

- ¡Ven!- le dice. Y sin más se lo lleva a un lado, casi arrastrándolo. - Nos conocimos en clase. Tú estudias lo mismo que yo, y el primer día de este curso nos sentamos juntos.

Después, en unas semanas, nos enamoramos, ¿de acuerdo?

- De acuerdo - responde Javier. Y esta vez pregunta porque cree que no hay más remedio.-
¿Y tú que es lo que estudias?

- Segundo de sociología en la Complutense, por la mañana.- dice ella muy bajito, aterrada porque sabe lo que vendrá después. No le hace gracia que se dé cuenta de que van a la misma clase. - Allí vienen mis amigas. Te las presentaré - ¡Qué oportunas! La verdad es que son un poco cotillas pero sus amigas acaban de salvarla del bochorno.

Javier se queda helado. ¡Esa chica tiene que estar en su clase! El caso es que él jamás la ha visto antes. Le extraña, porque es una chica atractiva, pero se imagina que más que nada no le suena porque apenas pasa tiempo en el recinto del aula. El bar de la facultad es su sitio favorito, el lugar donde se reúne con lo más selecto en cuanto a gente sin intenciones serias de estudiar una carrera, y donde se aprenden muy bien todas las técnicas para ganar concursos de mus. A partir de entonces, piensa, debe tener cuidado para que ella no le vea en la facultad. Su identidad es preciso que se mantenga en el anonimato, si no quiere perder el empleo y, sobre todo, ser objeto de las bromas de sus compañeros. Piensa que ha tenido mala suerte al tropezar con una compañera de clase, pero que tal vez a ella también le convenga guardar el secreto. Además, ella no ha hecho ningún comentario. A lo mejor no se ha dado ni cuenta. Al fin y al cabo, esta noche, Javier parece muy distinto.

- ¡Hola chicas! ¡Qué guapas! Os voy a presentar.- dice Paula, dirigiéndose a sus amigas, mientras exhibe a Javier del mismo modo que un niño enseña un juguete nuevo a sus amigos. Se cree con derecho después de lo que le ha costado.

- Él es David. Mis amigas, Marta y Raquel.

- ¡Hola David!- dice Raquel. Lleva un conjunto azul claro y hace juego con sus ojos.- Eres todavía más guapo de lo que nos habían contado.

Eso, evidentemente, es un cumplido, porque Paula sabe muy bien que jamás ha hecho alusión al aspecto físico de su supuesto novio, más que nada porque no lo conocía de nada.

Pero le hace fijarse en él por primera vez. No es un chico guapísimo, eso está a la vista, pero tiene algo muy interesante.

Algo en él que le hace especial. No es ningún rasgo físico concreto, - nariz un poco grande, labios demasiado gruesos, ojos marrones como los de la mayoría - pero, en general, su rostro es armónico. Después piensa que en clase, menos seductor, parece cualquier cosa. Será la ropa. Seguro. O quizá el pelo. O un poco de todo.

- ¡Venga, vamos dentro!- dice Marta. Ella ha elegido un vestido de tirantes negro, que permanece oculto bajo el abrigo.

- La boda está a punto de empezar - y entra seguida por Raquel. Javier retiene a Paula, agarrándola suavemente por el brazo.

- ¿Cuál es la actitud que tengo que adoptar con ellas?

¿Tengo que ser amable o tengo que ignorarlas?

Paula se lo piensa unos momentos, dudando entre las señales que manda el sentido común a su cerebro y las sensaciones que le llegan procedentes de su piel, y sopesando cuáles son a las que tiene que prestarles una mayor credibilidad.

- No les hagas mucho caso. Recuerda que soy yo quien paga- cuando oye estas palabras, pronunciadas por ella misma, 49

quiere tragarse la lengua. No sabe por qué lo ha dicho.

Javier alucina. Le van a pagar por salir con una chica, circunstancia que ni por lo más remoto había pensado que podía ocurrirle en su vida; para suerte suya, es una chica de su edad, y se puede decir que es guapa, y finalmente, se ha dado cuenta de que, sorprendentemente, a ella le gusta él, porque cuando Raquel le ha piropeado, Paula se ha sentido sinceramente molesta. Tal vez aquella noche consiga por fin ligar.

Durante la ceremonia toda la familia tiene la atención centrada en tres acontecimientos que se dan de forma simultánea. Uno es la propia boda, que, aunque sea la cuarta de Mario, para la novia es la primera, y, al menos su familia, le presta atención. Otra, el estrambótico modelito que Susana, la maniquí, como la llama Paula, ha elegido para la ocasión.

Aunque no es de la familia exactamente, ha sido invitada porque alguien tiene que encargarse de Cayetana y Loreto, y Paula se negó en redondo a la primera insinuación de su padre. El tercer acontecimiento es la compañía de la hija mayor del esposo.

- David - dice ésta en voz baja, durante la lectura interminable que el juez de paz está haciendo de los artículos del Código Civil que ella casi se sabe de memoria.

- ¿Qué?- contesta éste apenas en un susurro.

- ¿Ves a la chica del vestido... raro, la del tercer banco?

- Sí - dice él. Es difícil no verla. El vestido combina el rosa con el granate y el rojo y lleva puestas en el pelo una especie de plumas. Ideal para pasar desapercibida.

- Es una de las personas a las que no puedo ni ver. Ella a mí tampoco, por lo que creo que va a intentar ligar contigo.

¡Ni se te ocurra ser amable con ella!

Javier asiente. La chica es guapa, más incluso que Paula, pero la elección de semejante atuendo dice más bien poco de su buen gusto. Pero no quiere hacer juicios a la ligera.

Es así como le miran a él siempre, pero desde otro ángulo, porque él no es precisamente un dios griego. Ángel es el que se las lleva a todas, a pesar de que siempre insiste en el amor que siente por la misteriosa chica que él nunca ha conocido.

Piensa en Susana el resto del acto. Quizás ella parezca un cuerpo perfecto sin una pizca de masa gris dentro del cráneo, pero quizás se equivoca. Él parece siempre imbécil a los ojos de las chicas y en el fondo no es así. Es sólo una persona insegura, alguien que nunca ha sabido mantener una conversación interesante con una adolescente, porque no le salen las estupideces y cursilerías que Ángel utiliza para embaucar a las chicas. Por eso ellas nunca lo eligen. Sólo le han dado la oportunidad de ser el gracioso del grupo. Quizás a Susana nunca nadie le ha dado la oportunidad de ser algo más que una cara bonita.

Cuando termina la ceremonia Paula le dice a Javier que salga mientras ella le da la enhorabuena a su tercera madrastra. Es una decisión providencial, porque evita que éste se encuentre con los gemelos, que han estado allí todo el tiempo, aunque ninguno de los dos, ni Paula ni Javier, los hayan visto.

- ¡Hola chicos!- dice Paula, dándole un beso a cada uno.

Sus hermanos son las dos personas que ella más quiere. Le habría gustado tener la misma relación con Raúl, o con su madre, pero le ha sido imposible. Por eso, siempre que piensa en el afecto, en el cariño, en la familia, sólo ve el rostro por duplicado que son Eduardo y César.

- Papá dice que tienes novio - suelta César de repente, antes incluso de saludar con un hola de

buena educación.

- Sí - dice Paula, lamentando tener que mentirles. - Ha venido conmigo.

- Tienes que decirnos quién es - señala Eduardo.

- ¡No señor! Os conozco muy bien. Le torturaríais hasta el infinito con vuestras preguntas maliciosas y chantajearíais a todas las tías a cambio de contarles algún defecto de él que estoy segura que os ibais a inventar - Paula conoce muy bien a esos angelitos.

-¡Venga!- dice Eduardo. Saben que con ese tono le sacan lo que quieren a su hermana.

- ¡Tengo una idea mejor!- dice ésta -Os doy diez euros si no os acercáis a mí durante toda la noche.

Los gemelos se miran y César extiende una mano. ¡Por diez euros lo que sea, aunque los tengan que compartir!

- ¡Tomad! Os advierto que como no respetéis el pacto no aparezco el día de vuestro cumpleaños.

Paula sonríe. Sabe que la peor amenaza de todas las posibles que se pueda inventar no surtirá tanto efecto como el chantaje con el cumpleaños. Lo ha practicado desde que eran muy pequeños y hasta el momento sigue funcionando. Por eso está segura de que no le molestarán en lo que queda de noche.

Sale fuera del juzgado, respirando hondo para coger fuerzas mientras piensa si será capaz de seguir la representación. La gente está allí, arremolinada, esperando que salgan los novios para tirarles arroz, hablando de cualquier cosa mientras hacen tiempo para ir a cenar, cuando observa que David no está con sus amigas. Se asusta, porque piensa que se ha marchado ya, y que todos sus planes se han desbaratado y se asusta, sobre todo, porque, de repente, piensa que no volverá a hablar con él, y eso es lo que más le espanta. Está segura de que en clase no se va a atrever ni a mirarle. Está analizando su propio pensamiento cuando Raquel se aproxima a ella.

- ¿Dónde está David? -pregunta. Su nerviosismo hace que, ni por un momento, lo suyo parezca una farsa.

- Allí, -responde ésta- hablando con la cursi esa.

Paula se enfurece. Y Paula cabreada es capaz de armarla buena. Marta y Raquel todavía se acuerdan del día que, con doce años, le desapareció la bicicleta en el parque.

Cuando encontró al chico que se la había cogido tuvieron que llevarlo al centro de salud. Sin pensárselo dos veces agarró una piedra y se la estampó en la frente. Cinco puntos y una disculpa le hicieron falta para volver a encontrarse bien. Los años la habían suavizado un poco.

- ¡No te enfades con él! ¡Estaba con nosotras y Susana prácticamente lo secuestró!- dice Marta intentando calmar a su amiga.

- ¡Perdón!- interrumpe Paula entrometiéndose en la conversación que el chico mantiene con la futura abogada, porque, aunque esto sea un hecho que no pueda ser comprendido por los cerebros normales, Susana estudia Derecho, y encima aprueba siempre. - David, nos vamos.

Siento que tengas que dejar de hablar con esta chica tan simpática, pero nos están esperando.

Los dos se van hacia el coche de Paula. Entran sin decir palabra y se marchan sin un rumbo determinado. El silencio es tenso y Javier no sabe qué hacer. Ya ha hecho demasiadas preguntas. Por otro lado ha ignorado la advertencia de no acercarse a Susana, pero piensa que no es tan grave. Tiene curiosidad por saber cuál es el misterio que encierra la aprensión de la muchacha que le ha alquilado para con la chica del traje extravagante. Nada más. Y ella también parecía

tener curiosidad por él.

- ¡Te dije que no hablaras con ella!- grita Paula de repente.
- ¡Pero... casi me arrastró! Yo no pude hacer nada. Además... - se disculpa.
- ¡Pero qué pasa tío! ¡En tu agencia no te enseñan nada!

Yo no he pagado por ti para que te vayas con la primera que llegue. Lo he hecho para que te quedes a mi lado.

- ¡Pero si me has mandado que te esperase fuera! ¡No he hecho más que hacerte caso!
- ¡Mira, no me cabrees más! Si quieres cobrar lo mejor será que cumplas tu papel. ¡No creas que pienso pagar la cifra astronómica que me cuestas para que luego te pongas a charlar tranquilamente con el resto de las chicas que hay a mano!- Paula está enfurecida, y grita como si a él le costase trabajo oír, aunque estén los dos solos en el coche y con la radio apagada.- Ahora iremos al restaurante y no te despegarás ni un solo momento de mi lado.

- ¿Ni para ir al baño?- él intenta quitarle importancia a lo que estaba pasando y suelta una de las tonterías más típicas de su carácter. No tiene ni idea de que ella no captará la broma, más que nada por el estado de ofuscación mental en la que su actitud inocente la ha sumido.

- ¡Irás cuando a mí me apetezca que vayas!
- Pero... - la situación se le está yendo de las manos.
- ¿No te dijeron en la agencia que no preguntes? ¡Pues no preguntes! ¡Eres tan imbécil como pareces!- Lo dice con tan mala idea que de repente Javier pierde los nervios por completo, y le dice lo que está pensando de ella desde hace un rato.

- ¡Tía, eres una borde!
- ¡Vale ya!- Paula frena en seco y el coche que viene detrás, sin poder prever lo que pasará, se estampa contra el os.

- ¡Genial!- dice Javier -¡Estás loca! ¡No podías ser una chica normal! ¡Las chicas que alquilan chicos no son normales, aunque a primera vista lo parezcan!

- ¡Los chicos que se dejan alquilar tampoco!- bajan del coche y siguen discutiendo.- ¡Claro! ¡Es un trabajo muy cómodo! ¡No te rompes la espalda y ganas mucho más dinero del que conseguirías con un trabajo normal!

- ¿Eso crees?- el señor del coche que ha chocado con ellos intenta hablar.
- ¡Chicos...! -pero no le hacen el más mínimo caso.
- ¡En este trabajo se suele tropezar con taradas como tú, que frenan sin mirar por el retrovisor! -Javier empieza a gritar como loco, imitando la actitud de su acompañante.
- ¡Porque tú me has insultado!- Paula grita enfurecida y mientras, el pobre conductor del otro vehículo prueba a meter baza de nuevo.

- ¿Me queréis escuchar?- consigue gritar en unos breves instantes de pausa en la pelea, que amenaza con prolongarse hasta el infinito. Los dos se quedan callados, y son conscientes, por primera vez, de que no están solos. Una multitud de curiosos, que pasean por la acera, observan divertidos la escena. - ¡Esto está mejor! ¿Alguien me explica qué ha pasado?- el señor cree haber recuperado el mando.

- ¡Está loca!- dice Javier.
- ¡Él me insultó!- grita Paula.
- ¡Pero no te dije que frenaras, eso lo hiciste tú solita!
- ¡Eres un gilipollas!

- ¿Y tú qué? ¡Ya me acuerdo de ti! ¡Tú eres la misma que el otro día casi me saca un ojo en clase!

- ¡Eres lento de reflejos! ¿No me digas que hasta ahora no te has dado cuenta?

- ¡Basta!- grita de nuevo el señor para hacerse oír. -Vuestros problemas de pareja es mejor que los dejéis para más tarde. Ahora lo mejor que podemos hacer es sacar la documentación de los coches y arreglar los papeles del seguro.

Si tardo en llegar a casa más de lo debido mi mujer no me hace la cena.- Parece que aquel es el punto débil de ese hombre.

Está ciertamente gordo y al parecer el coche le importa menos que un buen plato de huevos con chorizo.

Durante el tiempo que se toman para arreglar el asunto del seguro la discusión que ha conducido a aquel desastre se apacigua, y ambos se comportan como dos personas civilizadas, cosa que el señor agradece, porque terminan pronto y se puede marchar a casa.

- Bien, ya está todo. Te llamaré si hay algún problema.

¡Y no te preocupes más! A tus padres no les va a hacer gracia lo que le has hecho al coche, pero como no os ha ocurrido nada se les pasará pronto.

- ¡Mi padre! ¡Dios! ¡Llegamos tarde al banquete de boda! ¡Vamos, David!

Javier monta en el coche dispuesto a olvidar el incidente y a pedirle que le llame por su nombre. No soporta el seudónimo que ella le ha colocado, y ha estado pensando que cuando estén solos le podría llamar Javier. Al fin y al cabo todavía tiene que pasar con ella algunas horas y tiene que procurar que no sean insoportables.

- ¿Qué pasa ahora?- dice tras escuchar los extraños ruidos que hace el motor del coche.

- No lo sé. No arranca. ¡Oh, no! Se estaba quedando sin batería, porque siempre me dejo las luces encendidas, y acaba de decir basta.

- ¡Qué bien! Esta es la noche más entretenida de mi vida. ¿Qué vamos a hacer ahora? - Javier piensa que nunca le han pasado tantas cosas en una sola tarde.

- ¡Tú qué crees! Hay que llamar a una grúa.- Paula revuelve entre los papeles de la guantera y al final localiza el seguro. Allí tiene que estar el número que necesita. Mientras Javier guarda silencio, pensando que quizá es la mejor estrategia con esta chica que parece enfadada con la vida. El a se baja del coche. Da un portazo tremendo mientras marca en su móvil el teléfono del seguro. Al rato ha localizado una grúa y en pocos minutos estará allí para recoger el vehículo. Además del golpe, que ha destrozado la parte de detrás, se ha quedado sin batería, y lo peor es que le parece que ella está igual.

Acusando el golpe de unos celos ridículos por alguien que no conoce apenas de nada y sin energía para seguir adelante.

- Vayamos a ese bar - dice Javier señalando una taberna que está a pocos metros de donde se han quedado tirados. -Aquí empieza a hacer bastante frío. Podemos tomar algo mientras llega la grúa. Yo te invito.

Paula se resigna. Toman un café en silencio, lo que logra apaciguar un poco los ánimos y acallar su estómago, que lleva demasiadas horas rugiendo. Ninguno de los dos ha comido mucho. Ambos estaban nerviosos con la cita a ciegas, aunque cada uno por sus propias razones.

- Cuando lleguemos a la boda ya habrá terminado- se lamenta Paula en voz alta, mientras mira a ninguna parte, con la taza de café caliente entre sus manos.

- Y me habrás alquilado para nada. Lo siento muchísimo-Javier se da cuenta de que tiene que ser triste tener que alquilar a una persona para que te acompañase a algún lugar.

Tan triste como está pensando que es dejarse alquilar. Ese tonto que siempre le molesta cuando menos lo espera, el que se aparece en los espejos, estaba tratando de decírselo aquel día. Pero como siempre no le escuchó. Pregunta de nuevo, de repente, porque también de repente le han entrado unas enormes ganas de saber. - ¿Quién es David?

- ¿Quién?- pregunta ella a su vez. Todavía está examinando su disculpa.

- David.

- David eres tú. No es exactamente nadie. Es sólo el nombre que me inventé para justificarte antes de conocerte.

- ¿Por qué una chica como tú tiene que alquilar a un chico? No lo entiendo. Creo que eres preciosa.

Paula le mira. Quizás se merezca una explicación.

Quizás no es tan malo, puesto que ha sido capaz de pedir perdón. Vuelve a respirar hondo, como lo ha hecho muchas veces esa tarde.

- Porque me quería librar de mis hermanas pequeñas pero, sobre todo, porque no quiero que mi padre me lo busque.

En su código de conducta yo ya tengo edad para tener un novio, o dos, incluso tres, y como ese novio no aparecía empezó a darme la paliza. Yo ya estaba harta. Todo el mundo espera de mí que me comporte de una determinada manera, y por una vez quería hacerlo, porque me he dado cuenta que es el mejor medio para que te dejen en paz. La mejor manera de rebeldía es ser un hipócrita como ellos. ¿Quería que su niña tuviese un novio? ¡Pues toma uno! ¿Estás contento papá? ¿Sí?

¡Pues entonces vete a tomar por el culo ya, y llévate contigo a todas tus hermanas y sobrinas, que no paran de darme el tostón con lo mismo que tú!- Paula habla con amargura y alguna lágrima se las ingenia para pasearse por su rostro.

- Pero podías haber aparecido con un amigo y nadie habría notado que es mentira. Los amigos están para eso. y sobre todo habría sido más barato.

- Supongo que sí, pero debería tener amigos para ello, y no los tengo. Sólo alguno al que no me atrevería a utilizar para esto. ¿Te imaginas que no lo entendiera? Me metería de cabeza en la boca del lobo, después de haberme salvado por los pelos de un pantano de tierras movedizas.

- Creo que..., bueno quizás en tu caso yo habría hecho lo mismo.

- ¿Cómo te llamas de verdad?- Paula lo sabe, se lo ha escuchado a sus amigos en la facultad pero, de todos modos, pregunta.

- Javier.

- ¿Y tú por qué trabajas en esto?- La pregunta de Paula es inevitable, pero le ha pillado desprevenido.

- ¿Yo?- Javier no sabe qué contestar.- Supongo que por muchas razones -titubea buscando una respuesta lógica. - No encontraba trabajo y me pareció que podría probar. Mi familia no tiene dinero y si quiero seguir saliendo con mis amigos tengo que buscarme la vida. Y las cosas no están muy bien para nadie. ¡Menos aún para alguien que lleva demasiado tiempo en el mismo curso!

- ¿Y cómo son habitualmente las citas que tienes?-Paula sigue dando en la diana con sus

preguntas. En realidad son bastante inocentes, pero él no tiene respuestas.

- ¿Las citas? ¡Normales!- se está dando cuenta de que no puede contestar nada más que tonterías.- Mira, ahí viene la grúa.- El azar le ha salvado.- ¡Anímate, preciosa! Cogemos un taxi y llegaremos aunque sea a la tarta.

Paula sale primero y se deja el teléfono encima de la mesa, abandonado al lado de la taza de café. Un señor se lo advierte a Javier, que lo coge para devolvérselo. Cuando sale a la calle el frío se ha vuelto más intenso. Es uno de los primeros días de diciembre y la noche hace mucho que ha caído sobre Madrid. El aspecto del coche reaviva en sus memorias la pelea que ha causado el desastre y de repente es como si nunca hubiesen mantenido la conversación en el bar.

En el taxi no se dirigen la palabra. Sólo al abandonarlo Paula hace una puntualización, que demuestra que lo que han hablado mientras esperaban la grúa era sólo una tregua.

- Saca tus dotes artísticas de donde las tengas y pon buena cara. Aunque sólo sea por un rato mi dinero tiene que servir para algo.

- Eso es un golpe bajo y tú lo sabes. ¡Ya te he pedido perdón! ¡Y parece que te da igual!

Javier no se ha acordado de devolverle el móvil y las palabras de Paula conducen sus pensamientos en otra dirección. Decide que su contraataque será desde un frente que ella no espera en absoluto. Se ha dado cuenta de que le apasiona discutir, por lo que decide cambiar la estrategia, llevarla a un terreno donde es más probable, por lo que le ha contado, que no sepa que hacer. Aunque en ese mismo terreno él no tenga ni idea. Agarra una de sus manos, decidido a entrar así al restaurante. Ella, sorprendida, intenta soltarse, pero Javier no lo permite.

- Entraba en el contrato. Hasta que nos vayamos de aquí eres mi novia, o yo tu novio, ¿recuerdas?- dice él sonriendo.

Paula está nerviosa. Busca con la mirada a sus amigas, intentando de nuevo soltarse de la mano que aferra fuertemente una de las suyas, pero no puede verlas. De repente, entre el barullo de la sala de fiestas, surge la figura de Mario.

- ¡Chicos! ¿Dónde estabais? ¡Me teníais preocupado!- el novio, en evidente estado de embriaguez, se dirige a su hija.

- Tuvimos un pequeño accidente con el coche. No nos ha pasado nada, pero creo que el coche va a necesitar pasar unos días en el taller - Paula responde, más indiferente a la pregunta que al estado lamentable en el que se encuentra su progenitor.

- ¿El coche? ¿Qué os ha pasado?

- Nada, papá. Un pequeño abollón, pero se ha quedado sin batería.

-¿No habéis cenado?

- No. ¿Queda algo?- pregunta Javier, mostrando una amplia sonrisa.

- Creo que están con la tarta. Sentaos por donde queráis. Tengo que seguir saludando a los invitados.

Comen algo de tarta y helado, y terminan el frugal manjar a tiempo de ver bailar a los novios el vals de rigor. Las amigas de Paula acuden para hablar con ella y Javier pide permiso para ir al servicio. Le está divirtiéndolo incómoda que se siente Paula con su nuevo comportamiento.

- ¡Tía, lo tienes agarrado por los huevos!- dice una de sus amigas.

- ¡No seas bestia, Raquel! Lo que pasa es que es un chico educado.

Paula está tan sorprendida como ellas. Javier ha sido más cursi que educado, y el tono que ha utilizado no es de advertencia sino de súplica, como un niño que pide permiso para irse a jugar a

la calle. O a lo mejor era de burla. Sí, eso debe ser. Se está burlando de ella. ¡Cuándo vuelva se va a enterar! Se le va a ocurrir algo para fastidiarle. No, no quiere fastidiarle, quiere que la noche se acabe cuanto antes.

- Una cosa es decir, educadamente, que va a ir al servicio, y otra muy distinta es decirte si no te importa que vaya un momento al lavabo- puntualiza Marta.

- ¡Ojala encontrase un chico así! Bailaría con él toda la noche - Raquel sueña en voz alta, para volver de golpe a la realidad.- Pero como mucho, con quien bailaré será con Marta.

Javier regresa al poco del baño. El vals ha terminado hace rato y los músicos siguen con el repertorio típico de las bodas. Los invitados, rebosantes de alcohol y emociones, tienen ganas de divertirse. Incluso los más pequeños, que hacen carreras entre la gente que ocupa la zona de baile del inmenso salón. Raquel y Marta bailan juntas, como siempre, e incluso al final consiguen bailar, por turnos, con un primo de la novia que no está nada mal. Pero Paula y Javier no bailan. La tarde ha estado repleta de incidentes y parece que los ánimos no están como para bailar. Sin embargo él piensa que debería hacer algo. Tiene la impresión de que no ha cumplido bien su trabajo y, lo que es aún peor, piensa que si ella se queja de él a la agencia le despedirán. Más ideas dan vueltas en su cabeza; junto a la idea de estar a la altura de lo que se le exige le tienta el hacer todo lo contrario y darle un escarmiento a esa chica que no sabe muy bien lo que quiere. Aunque en ello le vaya ese trabajo que todavía no está seguro que sea el que él quiere que encabece su currículum. Y tiene que hacer algo que le permita guardarse las espaldas cuando se vean en la facultad.

Alguna cosa que obligue a Paula a guardar silencio sobre su identidad. La música adquiere un tono muy suave y comienzan a bailar las parejas. Javier se levanta.

- ¿Bailas?

- No - ni siquiera le mira cuando responde. Está cansada y harta de esa noche imperfecta.

- ¡Está bien!- contesta él. - Entonces voy a buscar a la amiga tuya,... esa chica, ¿cómo se llamaba?

- ¿Quién?- pregunta Paula. Se está temiendo a quien se refiere.

- Sí,... la del traje estrambótico. Creo que voy a bailar con ella. Contigo esto, en lugar de una boda parece un funeral.

- ¡Bailo! - dice Paula. Y se levanta. Hace poco que se conocen, pero Javier ha intuido pronto cuáles son sus puntos débiles. Sabe que sólo por ese camino podrá manipular a esa chica cabezota y caprichosa que le ha ido a tocar en suerte en su primera cita.

Bailan ante la atenta mirada de muchos de los invitados.

Sus amigas no entienden nada. Primero llegan pareciendo dos enamorados inseparables, después se marchan de la ceremonia de una manera muy brusca para, por fin, aparecer al final del banquete y no precisamente como si fueran los mejores amigos del mundo. Durante la canción Javier agarra con fuerza a Paula. Casi no pueden moverse. En ese contacto estrecho que él está forzando hace que los dos se sientan extraños. En sus cuerpos y en sus mentes está surgiendo una nueva sensación. Un sentimiento con el que ninguno ha contado.

Susana se acerca a Raquel y a Marta que observan a la pareja de paso que echan algún que otro vistazo al reloj, pues parece que es hora de marcharse a casa. Tienen unos padres que no ceden sobre la hora de regreso los viernes, aunque sea porque están de boda. ¡Y eso que Marta ya es mayor de edad! Pero a Raquel le quedan todavía unos meses.

- Ha sido de muy mal gusto lo que ha hecho Paula, y precisamente el día de la boda de su padre- declara Susana.

- ¿Qué ha hecho? -pregunta Marta.

- Ya sabéis. Irse con ese chico durante toda la cena, y aparecer como si nada al final. No ha sido nada elegante.

¡Todo el mundo se imagina lo que habrán estado haciendo!

- La verdad -dice Raquel- es que yo no he conseguido imaginarme nada. Quizás sea porque nunca me he saltado una cena de una boda para irme con un chico, y por eso no logro poner en marcha mi imaginación. ¿Qué haces tú cuando te piras una boda con un chico?- la mala idea de Raquel, y lo certero de su comentario amedrentan a Susana.

No contesta. Se da la vuelta y la ven alejarse, furiosa por el corte que le ha dado Raquel. Siempre se burlan de ella al final. Pero piensa que a ella eso debía darle igual. ¡Total! ¡Son dos chicas de lo más vulgar! ¡Dignas amigas de la odiosa hermana de sus hermanitas!

- ¿A ti no te parece muy rara la historia de Paula con ese chico?- pregunta Marta a Raquel.

- Sí, sí que lo es. No tengo ni idea de cuándo se veían. Dice que va a su misma clase y que hace un mes o así que salen, pero hasta hace poco no nos lo había ni mencionado.

- ¿Sabes? En cuanto pueda le voy a preguntar a él cómo se conocieron. Quizás Paula no nos ha contado la verdad - dice Marta.

- ¿En qué piensas?- pregunta Raquel.

- No lo sé. Creo que hay algo extraño en todo esto, en lo que de alguna manera tiene que ver esa chica de la facultad de la que tanto habla Paula. Quizás sea un amigo de ella que se ha traído sólo para presumir delante de la familia y no nos lo ha querido decir.

- Marta, ¡tú estás tonta! Estás hablando de Paula, no de Susana. ¿Por qué nos iba a mentir? ¡Somos amigas desde siempre!

- ¿Y si en realidad a quien quiere mentir no es a nosotras? ¿Y si se lo ha traído sólo para impresionar?- dice Marta. Ni siquiera es consciente de que ha estado rozando la verdad, que por muy pocos milímetros no ha dado en el centro de la diana.

- Creo que nos estamos haciendo demasiadas preguntas. Si fuera como tú dices ahora no la estaría besando.

Paula no ha hecho el más mínimo gesto para separarse de él. Está pegada a sus labios, fascinada por lo bien que huele y no sale de su asombro. Hace sólo unos minutos se han estado lanzando miradas asesinas, y ahora él la besa y ella no hace nada para impedirlo. No quiere impedirlo. Claro, que tampoco le conviene montar ninguna escenita. Cuando Javier separa los labios de los suyos le mira, intentando preguntarle con los ojos por qué demonios ha hecho aquello, pero él sólo contesta con un guiño y una sonrisa. Y como si el destino quisiera ponerle un toque de cuento de hadas a aquella rocambolesca historia, en alguna parte suena un reloj, señalando la media noche.

- ¡Tenemos que irnos! ¡Ya es la hora!- dice Paula, rompiendo el hechizo.

Montan en un taxi, y en él permanecen en silencio todo el camino. Ninguno se atreve a hablar, porque todas las veces que lo han intentado ha salido mal. Cuando llegan a la calle donde vive con su madre, ella baja. Se lo piensa unos instantes, después de haber abierto la puerta del coche, y al final se da la vuelta antes de terminar de bajar.

- Lo siento- dice. Y como despedida es ella quien esta vez le besa. Otra vez está allí aquella

sensación que surgió en el baile. Pero no puede dejarse llevar por ella. El no es un chico como los demás. Lo ha alquilado. Cierra la puerta, después de salir precipitadamente, y se aleja sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Tiene miedo de sentir de repente algo por un chico como aquel, con el que encima no parece congeniar en absoluto. Pero siempre es así en su vida. Las cosas que le ocurren no son nunca las que convienen, ni siquiera los desastres cotidianos son los de cualquier situación normal. Ni siquiera tiene una familia, ni una vida normal.

- Pelea de enamorados ¿no?- dice el taxista, un andaluz muy simpático que no ha estado ajeno a la actitud de ambos durante el trayecto. Ha observado las caras de los dos por el retrovisor del coche.

- ¡Si sólo fuera eso!- dice Javier.- El próximo lunes tengo que verla de nuevo en clase. ¡Creo que no voy a volver a la facultad!

- ¡No, hombre, no! Si ya se le ha pasado la rabieta - el taxista está acostumbrado a situaciones como aquella. - Nada, 67

mañana mismito te presentas en su casa, le llevas unas flores y asunto arreglado. La tendrás comiendo en la mano. Se le habrá pasado. Y si me apuras un poco... si le gustan las flores y le dices cuatro cosas bonitas, en menos de una semana te la llevas a la cama. ¡Me funciona hasta a mí, y mira que ya tengo unos años!

Javier sonríe. ¡Ya le gustaría que fuera tan fácil! Unas flores, una sonrisa y ella en sus brazos. Pero no. Aquella no ha sido una cita sino un trabajo. Si no la fuera a volver a ver a lo mejor era más sencillo. Una anécdota que se podría ir diluyendo en sus recuerdos con el tiempo, pero no. Estará en clase el lunes. Volverán a cruzarse en el pasillo y no querrá hablar con el idiota que comparte profesores y aula con ella.

Paula no es una chica para él. ¡Si coche es un Audi y él tiene una moto que es peor que cualquier bicicleta! Ella es perfecta y la perfección no está a su alcance. Empieza a pensar qué

historia va a contarle a Ángel. Distraído mete la mano en el bolsillo y allí está el Nokia de Paula. ¡No se lo ha devuelto! Ya es tarde. El taxi hace dos calles que se alejó de su dirección.

* * *

Por la mañana la curiosidad puede con Ana, y poco después de las doce ya está marcando el teléfono de su amiga.

Quiere saber todos los detalles de la cita y no puede esperar hasta que sea Paula la que voluntariamente se dirija a ella.

¿Qué raro? Da llamada pero no lo descuelga. Al final opta por marcar el fijo de su casa.

- ¿Qué le pasa a tu teléfono?

- ¿Mi móvil? No lo sé. ¿Me has llamado?

- ¡Veinte veces! Daba llamada pero no me lo cogías.

- Espera un momento - Paula revuelve en el bolso que llevaba la noche anterior y mira en los bolsillos del abrigo.

Nada. Allí no está.- ¡He debido perderlo!

- ¡Qué putada!

- No lo sabes bien, Ana. No me sé un solo teléfono, ni un cumpleaños, y tengo apuntados en él todos los exámenes...

¡Qué voy a hacer!

- Por lo pronto, pensar qué has hecho con él. Ahora cuéntame, ¿cómo fue la cita?- pregunta. Para eso ha llamado.

- Seguro que si intentas adivinarlo no lo vas a conseguir.

- ¿Por qué?- pregunta Ana.

- Intenta adivinar- es un reto realmente difícil, teniendo en cuenta todas las cosas que han pasado.

-¡A ver...! - dice Ana. Empieza a especular.- Era guapísimo y se enamoró locamente de ti. Y habéis quedado hoy...

- No - Paula sonrío - ¡Qué va! Fue un auténtico desastre - va a decirle que es un chico de su clase de la facultad, pero prefiere callárselo. Si Ana sabe su identidad lo que va a contarle ahora perdería toda la magia. Javier no encaja en el perfil de príncipe azul.

- ¿Tu padre lo descubrió?- Ana sigue despistada.

- No. Nos pasamos la noche discutiendo, me he quedado sin coche por unos días y al final nos besamos. ¡Dos veces!

- Creo que me lo vas a tener que explicar tranquilamente porque no entiendo nada - Ana se queda alucinada con lo que está oyendo. Realmente esperaba que en aquel a cita sorpresa pasase cualquier cosa, pero han sido tantas que piensa que el dinero que costó ha merecido la pena.

- Yo sí que no entiendo nada. Lo único que sé es que cuando me lo vuelva a encontrar...

- ¿Dónde te lo vas a encontrar?

- No, era una manera de hablar...- por los pelos, a punto ha estado de meter la pata.

- ¿Qué harías?

- ¡No lo sé! Estoy bastante confundida. Creo que al fin y al cabo no fue una buena idea alquilar a un chico.

- Bueno, el lunes hablamos. Hay que pensar qué les dirás a tus amigas cuando no te vuelvan a ver con él. ¡y averiguar qué has hecho con tu teléfono!

- ¡No me acuerdo! A lo mejor Javier se acuerda...

- ¿No era David?

- Bueno, su nombre de verdad es ese - y se muerde la lengua porque se le ha escapado sin querer. La verdad es que se ha pasado toda la noche soñando con su nombre.

* * *

Javier está, como casi siempre, en casa de Ángel.

Parece aquella más su casa que el sitio donde realmente vive.

En la suya le resulta muy difícil estar. Le ha ido a devolver la camisa que le pidió días atrás y de paso a contarle la historia que se ha pasado toda la noche inventando. En ella, una tía impresionante de 29 años le había invitado a una romántica cena a la luz de las velas, en uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Era una ejecutiva caprichosa, a la que le gustaba salir con veinteañeros, que le había pedido que se quedara hasta altas horas de la madrugada. Los detalles los dejaría para que su amigo pusiera en marcha su imaginación.

Le parece que Ángel se merece que le cuente algo así por la poca confianza que pone siempre en él.

- ¿Entonces te fue bien?- pregunta su amigo.

- Sí, ¡de maravilla!- Javier va a empezar con la historia que se ha pasado la noche modelando, pero de pronto se da cuenta de que no se acuerda de la mitad, por lo que, por una parte por esto, y por otra por fidelidad hacia su amigo, acaba confesando. -No, realmente fue un desastre. No podría haber salido peor.

- ¿Qué pasó?

- Mira, la tía era una borde, me gritó durante toda la noche, provocó un accidente de tráfico y luego intentó confundirme siendo amable. Después cambió de táctica, y volvió a ser borde. Al final creo que me pasé un poco, pero ella no se quedó atrás. ¡Y todavía hay algo peor...!

- ¿Qué puede ser peor que todo eso? - pregunta Ángel.

- Que tendré que pasarme el resto del curso escondido.

¡Creo que vamos a la misma clase!

- ¿Y no te reconocí?

- ¡Yo a ella tampoco, al principio! Me paso la mitad de tiempo en el bar, pero si fuera una chica espectacular la habría visto. Pero no es más que alguien normal. Es guapa, pero sin exageraciones. ¡Espero que no le cuente a nadie que trabajo en esto!

- Descuida, - dice Ángel muy seguro - si yo fuera ella me guardaría mucho de contarle a nadie que he salido contigo. ¡y mucho menos pagando!

- ¡Tío, tú eres un cabrón! Tampoco soy tan mal partido -se mira al espejo, que le devuelve la imagen de un adolescente demasiado crecido - ¡Y tampoco tan feo!

- No, quizás ahora has mejorado un poco, pero sigues siendo tan idiota como siempre.

No le cuenta que se besaron. Tampoco que tiene el teléfono de ella y que ha pensado pasarse esa misma tarde por su casa para devolvérselo. Quiere verla. No ha dormido mucho pero no sólo porque haya estado inventando historias. Ha estado pensando en ella. Paula y su mal humor. Paula y sus miedos. Paula y ese vestido rosa. Paula y sus besos... Ella nunca se creería que le ha dado el primero. Con aquella chica de segundo no pasó nada, aunque nunca se haya molestado en sacar a Ángel de su error. Mejor que siga pensando que se enrolló con ella. Total, es sólo una mentira más. En su clase, los chicos con los que se relaciona se ríen mucho los lunes con todas las historias que les cuenta. En clase parece muy seguro de sí mismo. No ven más allá de lo que él les cuenta y no se plantean ni siquiera que se lo esté inventando. Las historias son coherentes y siempre les dice que algunos detalles los caballeros se los guardan. Justo los que no conoce, porque lo que les cuenta son los triunfos de Ángel, cambiando al protagonista. Está decidido. Irá a verla.

Cuando sale de casa de Ángel se llama a sí mismo con el teléfono de Paula. No está seguro de que vaya a darle su número de manera voluntaria; con ella nunca se sabe. Después de hacerlo el teléfono de la chica se pone a canturrear la melodía que tiene puesta como tono de llamada. No es que la canción esté mal, es el volumen y que empiece por la mitad, haciéndole dar un bote. El teléfono que llama es un fijo. Es ella misma, que se está volviendo loca buscando su teléfono, pero él no lo sabe y no descuelga. Se lo guarda en el bolsillo y monta en su moto, rogando porque deje de sonar pronto.

* * *

Paula cuelga muy mosqueada. A ella le sobraba el móvil, se lo había dicho mil veces a Marta y a Raquel, y estuvo sin él hasta que a su madre le entró la histeria y la obligó a llevar uno para localizarla estuviera donde estuviera. Ahora, tres años después de que diera su brazo a torcer, no puede pasar sin él.

Guarda en él su música favorita, los teléfonos de sus amigas, los cumpleaños, las fechas de exámenes, las fotos de sus noches de juerga... ¡las fotos! Son personales. No quiere que nadie las vea. En ellas no hay nada extraño, sólo Marta, Raquel y ella haciendo el tonto, pero si no están colgadas en Facebook o en Tuenti es porque son las más privadas. Momentos de amistad que no quiere compartir con nadie más. Y ahora quién sabe en qué manos estarán. ¡Mierda! ¡Cómo ha podido ser tan despistada! Piensa y piensa y no logra acordarse de dónde lo puede haber dejado. ¡Ya está! Ha sido su hermano Raúl, que quiere chantajearla. Seguro. Debíó cogerlo cuando llegó por la noche. La verdad es que ayer fue un día raro. Cuando por la noche entró en casa se sentía flotar. No podía dejar de pensar en Javier y en ese beso robado en el taxi. No sabe por qué lo hizo. A lo mejor si hubiera pensado un poco... ¿Por qué le besó? Un impulso, eso fue. Y le gustó más de lo que esperaba.

¡Pero si Javier es un idiota! Va a ir a preguntarle a Raúl de una vez. Cuanto menos tenga el teléfono en sus manos menos peligro de que encuentre lo que no debe. ¡Ese niño es imbécil!

Desde luego, no entiende las leyes de la genética, que le han regalado hermanos tan distintos.

* * *

Javier se ha quedado parado delante de la puerta de Paula. Dos veces ha tratado de tocar el timbre y dos veces su mano ha retrocedido, impulsada por un extraño resorte que se llama miedo. No es para tanto, sólo va a devolverle el teléfono.

Vuelve a acercar la mano y, en ese momento, el móvil se pone a sonar. Otra vez. ¡Joder con la cancioncita! ¡Si no le da un infarto por la velocidad a la que le va el corazón por los nervios lo va a conseguir ese cacharro!

* * *

¡No puede ser! ¡Está oyendo la canción de la Quinta Estación! ¡Lo raro es que no haya escuchado nada hasta ese momento, y mira que se ha llamado veces! ¿Dónde suena?

Deja el fijo encima del mueble de la entrada y se mueve hacia la cocina. Ahora lo oye peor. Vuelve a la entrada y escucha de nuevo la melodía. ¿No suena al otro lado de la puerta de la calle? Abre, por si acaso.

- ¡Hola!- es él. Javier está parado en la puerta.

- Hola - le ha salido un hola raro, con el desconcierto pegado en el saludo.

- He venido a traer esto. Te lo dejaste en el bar en el que estuvimos tomando café. Lo cogí y después se me olvidó dártelo.

- ¡Trae!- ¡Idiota! ¿Por qué ha sido tan brusca?

- ¡Toma! ¡Lo siento!- se da la vuelta para marcharse. No sabe qué decir para prolongar la conversación. Está seguro, por el tono de su respuesta, de que ella quiere perderle de vista.

- ¿Has...?- Paula no termina la pregunta.

- No te preocupes. No he llamado a nadie, ni siquiera he contestado las llamadas que has

recibido, y eso que han sido unas cuantas.

- ¡Era yo!

- No lo creo. Te han llamado por lo menos tres números diferentes.

- Gracias.- No quiere ser borde pero ese gracias es tan seco como sus palabras anteriores.

Siguen parados, cada uno a un lado de la puerta, dudando entre ser educados y despedirse o atreverse a dar un paso. ¿Por qué es tan difícil?

- Adiós, Paula- ella ni contesta.

Javier, después de dudar, empieza a bajar las escaleras.

Se da la vuelta un instante y lo único que puede ver es una puerta cerrada. Otra más. Sólo que esta vez le hubiera gustado una historia con final distinto.

* * *

¿Por qué has hecho nada para que no se fuera? Paula se reprocha su falta de reflejos. No está acostumbrada a tratar con chicos. No se le dan bien. Marta y Raquel, cada vez que salen, acaban ligando con alguien, aunque las historias no pasen de un día y de unos besos robados en la penumbra de un bar. Pero Paula no. Se pone nerviosa y no sabe qué hacer.

No es que hasta ahora le haya importado mucho. Cuando salió con Álex, su único novio, él la dejó por aburrimiento, pero tampoco era lo que ella esperaba. Salió con Álex porque se suponía que era lo que tocaba, no porque estuviera loca por él.

Se pasó dos meses inventando excusas para que sus citas no fueran demasiado largas. Después ni lo ha vuelto a intentar.

Ningún chico le ha gustado lo suficiente como para atreverse a dejar sus miedos en el fondo de un cajón. Pero Javier le gusta.

No sabe muy bien por qué pero ese chico es como un imán para ella. Y no es racional. A simple vista el muchacho no tiene demasiado atractivo. Tiene que olvidarse de la noche anterior.

Para Javier, probablemente, ella sólo fue trabajo.

- ¿Se puede saber qué es lo que le has hecho al coche?

El bocinazo de su madre la saca de sus pensamientos.

Se ha quedado en la entrada, pegada a la puerta y la mujer le corta el paso hacia su habitación. Va a tener que explicarle lo del pequeño accidente, pero por el tono su madre esta mañana no parece muy razonable. Trata de escabullirse como puede pero ella la sigue con los reproches. Mario ha llamado para contárselo. ¿Qué clase de padre tiene? Se supone que acaba de terminar su noche de bodas. ¿Qué demonios hace llamando a su ex? Si ella fuera la nueva mujer se mosquearía mucho.

Logra alcanzar la habitación con el tiempo justo para dejarla gritándole al otro lado de la puerta.

* * *

El lunes en la facultad Ana se entera de casi todos los detalles de la desastrosa tarde del viernes, salvo el más importante, que ya conoce al misterioso chico, al menos de vista. Del sábado por la mañana, ni una palabra.

- ¿Y por qué te besó?

-¡Yo que sé! Creo que se estaba vengando. Aunque le pagué con la misma moneda. ¡Si hubieras visto la cara que puso cuando le besé en el taxi! Si volviera a verle le pegaría otro puñetazo, de verdad. ¡Me puso de los nervios!

- ¿Cuándo le pegaste?

- No, es una forma de hablar... - casi se le escapa que es el nota de su clase, el que repite por oficio.

- Pero tú también te pasaste un poco...

- Es cierto, no me porté demasiado bien. Le traté como si fuera de mi exclusiva propiedad, un juguete mío, y no debí hacerlo.

- ¿Y por qué te dio ese ataque de celos?

- Pues fíjate que no lo sé. Es lo que menos consigo explícame a mí misma...

- ¿Y estás segura de que no era guapísimo?- Ana siente curiosidad por todo.

- No, no era guapísimo. Pero creo que tiene algo.

- ¿Has recuperado tu teléfono?

- Si, ya lo tengo. ¡Menos mal! Creía que me había quedado sin agenda.

- ¿Dónde te lo habías dejado?

- En el coche - miente.- Estaba en el taller.

¿Por qué no se atreve a contárselo a Ana? Está deseando soltarlo, decir que aquella noche ha cambiado algo en ella. Quiere compartir con su amiga que se ha enamorado, pero no puede. Tendría que confesar que Javier se sienta detrás de ellas en clase y seguro que Ana va a pensar que se ha vuelto completamente loca. Ella misma lo piensa. Pero se supone que el amor es una locura. Algo irracional que te acierta en el corazón y no en el cerebro.

* * *

Javier la ve. Se esconde entre sus amigos de clase para pasar inadvertido. Le aterra la idea de que ella le pueda ver y cuente algo, pero por otro lado necesita hablar con ella.

Aunque pensándolo bien, el sábado por la mañana no fue demasiado simpática. A lo mejor debe dejarlo correr. Debe olvidarse de sus besos. Lo malo es que son lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. Si no fuera porque es una locura pensaría que está enamorado.

* * *

- Mis amigas y yo hemos pensado ir el sábado a ese local nuevo que han abierto en el centro. ¿Quieres venir?-Paula espera ansiosa que su amiga le diga que sí, porque no cree poder soportar sola el acoso de sus amigas cuando aparezca sola. Marta y Raquel vendrán con el arsenal de preguntas sobre el supuesto novio, preparadas para sacarle toda la información que puedan. Ella hace lo mismo cada vez que alguna de las dos se enrolla con alguien, así que no cree que justo ese día vayan a cambiar de estrategia. ¡Son adolescentes de costumbres! Tienes que contármelo todo y si no ya no eres mi mejor amiga.

-¿Quiénes van a ir contigo?

- Mis amigas y he pensado llamar a Ángel, el hermano de los gemelos. Mi padre se ha empeñado, porque no tengo coche y no quiere que vuelva sola, aunque creo que en realidad quiere que me vigile. Me parece que David no le cayó demasiado bien. ¡La verdad es que no me

apetece mucho que venga Ángel! Voy a llamarle más que nada por evitarlas a ellas, aunque no sé si será peor el remedio que la enfermedad.

- ¿Ese chico y tú os lleváis bien?

- Sí, pero... es un poco pesado conmigo, y yo le esquivo.

La verdad me da un poco de pánico ¡en cuanto nos quedamos solos se me declara!

Ana sonríe.

- ¿Y qué tiene de malo?- dice.

- ¡Qué lleva haciéndolo desde los seis años! Y mira que le he dicho veces que paso de él.

- ¿Tan horrible es?- pregunta Ana.

- ¡Todo lo contrario! Es bastante guapo. Pero he crecido esquivándolo y ya no puedo ser objetiva con él. Para mí es como si desde pequeño llevase un cartelito colgado que dijera: *pesado*. Pero cuando hay gente no corro peligro. Se corta y no insiste en lo de siempre. Incluso me lo paso bien con él. Es un chico majo, pero es como si fuera otro de mis hermanos, y no le entra en la cabeza que no sea capaz de verle de otro modo.

- Vamos, tenemos que entrar a clase. ¿A quién le apetece estudiar justo antes de Navidad?- dice Ana. Las dos se miran y sin articular palabra se comprenden. Entran en clase corriendo, agarran sus carpetas y sus abrigos y se precipitan al exterior, esquivando al profesor de turno que entra en esos momentos, y que pone mala cara. Si estas dos se le escapan, dentro de poco nadie irá a su clase. ¿Por qué sigue preparando cada día la materia? Daría igual si les contase todos los días lo mismo. Pocos iban a notar la diferencia.

- ¿Dónde vamos?- dice Paula.

- ¿Qué te parece si nos pasamos por la cafetería?

- Es una buena idea Ana. ¡Me encanta tener amigas como tú!

Entran en la cafetería por primera vez, a pesar de los dos años que llevaban allí. Es un sitio bastante cutre, y más bien pequeño, donde se acumula gente que tardará más de cuatro años en terminar la carrera. El deporte institucionalizado es el mus y la población del lugar fundamentalmente masculina, aunque no son raros especímenes del otro sexo. Se sientan en una mesa después de conseguir dos cafés. Se ponen a hablar de cualquier cosa en el rincón más escondido, y ninguna de las dos se da cuenta de que están siendo observadas. Desde que entraron, Javier, que frecuenta el sitio, las ha divisado. Quiere salir inmediatamente, pero está atrapado en una partida de mus que acaba de comenzar. De repente empieza a hacer envites estúpidos, y jugadas incomprensibles.

- ¡Tío! ¿Qué pasa?- le dice su compañero de juego.- ¿Se te ha olvidado jugar de repente? Si sigues así vamos a caer en un momento.

- ¡Lo siento! -dice soltando las cartas- Tengo que irme. Creo que he quedado y se me había olvidado.

- Si te retiras, pagas la ronda - amenaza uno de sus contrincantes, refiriéndose a los refrescos y los cafés regados por la mesa. Javier desliza el dinero, coge su carpeta y el casco de la moto y se larga de allí sin dar más explicaciones. Sin embargo no puede evitar que Paula le vea a través de los cristales del bar.

- ¡Idiota!- Paula cree que lo ha pensado sólo pero en realidad ha hablado en alto.

- ¿Me has llamado idiota?- Ana está desconcertada. No entiende el comentario.

- ¡No! Perdona, hablaba de mí. Se me ha olvidado hacer un recado a mi madre.

Miente para no confesar que le da rabia que él se largue sin ni siquiera sonreírle. ¡Pero qué espera! Fue horriblemente borde cuando se presentó en su casa. Javier ha salido corriendo en cuanto la ha visto. Debe dejar de leer historias que terminan bien porque la vida no es eso. Por lo menos la suya.

Estudiar no se le dará demasiado bien pero, si lo compara con 81 su relación con los chicos, su expediente es de matrícula de honor.

* * *

Ya es martes. Las dos de la mañana. Paula despierta con el pitido de un mensaje. ¿Quién está tan loco de mandar mensajes tan tarde? Raquel. Ha tenido que ser ella. Ninguna está más trastornada que Raquel. Levanta la tapa y aprieta la tecla. En la pantalla unas palabras que, pensándolo bien, podrían ser de Ana, pero no. El número es desconocido, no está grabado en la memoria. No puede ser de ninguno de sus amigos. Cierra el teléfono y vuelve a quedarse dormida. Se han confundido. Seguro.

* * *

Javier no puede dormir. Hoy ha vuelto a verla en la facultad y se ha vuelto a escaquear. Ella se le queda mirando pero no dice nada. No parece tan enfadada como el sábado. a lo mejor puede intentarlo. Su cabeza lleva así dos días. Primero le dice que lo intente, que se arriesgue y, al instante, piensa que no es más que una locura. Ha cogido el móvil de la mesita de noche y ha buscado entre las llamadas perdidas. Allí está su número. Un momento absurdo y lo ha hecho. Son las dos, demasiado tarde. El SMS dice: AMña paso x ti y nos saltms las clases. A las 8@. Ya está. Mañana. Se presentará en su puerta con la moto y va a apostar por el destino.

Ahora son las siete y el agua de la ducha, hoy, no acaba de encontrar la temperatura. Demasiado caliente, ahora muy fría. Todo se ha puesto de acuerdo para no encontrar un equilibrio. Se ha enamorado, de eso ya no hay duda.

Enamorarse es una mierda. Por lo menos enamorarse de alguien que no debes. Pero hoy está dispuesto a cambiar las cosas. Enrol a una toalla en su cintura y así se enfrenta al armario de su habitación. ¡Es deprimente! Pero es lo que hay.

Coge la sudadera blanca con capucha que reserva para ocasiones especiales, más que nada porque su madre le mete una bronca cada vez que tiene que lavarla. Vaqueros negros.

Las *converse* moradas. Lo de combinar nunca se le ha dado bien. Desayuna con calma, solo como siempre. Su padre ya está en el trabajo y su madre no se levanta nunca antes de las diez. No se acuerda de la última vez que le puso el desayuno.

* * *

Bronca matinal. Raúl se le colado en el baño. Paula pide permiso a mamá para usar el suyo pero ya sabía de antemano la respuesta. Su madre es una maniática. ¿Qué más le da? Si ella fuera el guarro de su hermano, que no recoge la toalla y lo deja todo lleno de pelos... Pero ella no hace eso. Su madre ni siquiera se enteraría. Y encima esa mañana tiene prisa, porque quiere salir de casa antes de las ocho. Lo primero que ha hecho al despertar ha sido mirar su móvil. Cree que ha

soñado que ha recibido un mensaje. Pero no ha sido un sueño. Ahí

está. Una cita. No está segura que sea ella quien tiene que acudir pero, por si acaso, le gustaría estar preparada. Secarse 83

el pelo le lleva más tiempo de lo que le gustaría así que aporrea la puerta para apremiar a Raúl.

- ¡O sales ya, o te enteras!

- ¡Pues me entero!- es un chulito este niño.

- ¡Qué salgas!

- ¡Que no!

- ¡Anormal!- Paula ha subido el tono y su madre aparece por el pasillo dispuesta a zanjar el asunto.

- ¡Ya está bien! ¡Me tenéis completamente harta! Paula, ¿no crees que eres ya un poquito mayor para estar con estas tonterías?

- ¡Encima! Mamá, tengo que irme a clase y este tarado no me deja entrar en el baño. ¡No me va a dar tiempo a secarme el pelo!

- ¡Pues no te lo laves! Por un día no creo que pase nada.

Paula se va a la cocina mosqueada. ¡Claro, como su madre tiene media mañana para ducharse si quiere no lo entiende! Se tomará un vaso de leche mientras espera. Raúl sigue sin salir. Después le da tiempo a preparar la carpeta.

Nada. Le sobran incluso unos minutos todavía, así que saca ropa de su armario: vaqueros azules, sus *converse* rosas y un polar también rosa. Sabe lo que pensaría Marta. ¿Otra vez de rosa? Detesta ese color pero a Paula le encanta. Cuando por fin consigue entrar en el baño el ambiente es insoportable. Vale que hace frío, pero su hermano se ha pasado con el calefactor y está todo lleno de vaho. No se va a poder maquillar en ese espejo. Lo va a tener que intentar otra vez con su madre. De pronto se acuerda que ya va tarde y se da una ducha rápida.

En menos de cinco minutos está en su habitación. Ya no hay tiempo para pinturas. Coge el abrigo negro, la carpeta y una bufanda y baja trotando las escaleras. Cuando abre la puerta del portal casi se ha olvidado que son las ocho. Casi, porque un chico apoyado en una moto destartalada y con dos cascos en la mano se lo recuerda. No se habían equivocado. El mensaje era para ella.

- ¿Nos vamos?

- Sí - no se ha pensado la respuesta. Ha sido un sí rotundo, convencido, aunque un par de minutos antes no imaginara que fuera a salir de sus labios. No sabe dónde van a ir pero no se imagina que quiera estar en otro lado.

Esta muy guapa, piensa él. No hace falta que se embadurne la cara con potingues. Así, recién duchada y con el pelo recogido con una pinza. Javier mete la carpeta de Paula en una mochila y le pide que se la cuelgue. Él también se ha traído los libros, no quiere que su madre certifique que no sirve de nada el esfuerzo que hacen para que vaya a la universidad.

Le da también el casco, que le ha hurtado a su hermano, y al poco ya están recorriendo las calles de Madrid. El vespino es una tortuga pero hace mucho frío y a Paula se le están quedando las manos heladas. No está acostumbrada a las motos y tampoco a los guantes. Va pensando que por su armario tiene que haber cinco o seis desaparejados. En un semáforo se suelta de la cintura de él para frotárselas y Javier, al advertirlo, le coge la izquierda y la mete en su bolsillo. No hay

palabras. Tampoco se podrían escuchar con los cascos, pero no las necesitan. Ella ya tiene las dos manos protegidas en la cazadora de él. Y siente como si hubiera llegado a casa. No sabe cuánto tiempo está así, aferrada a Javier desde dentro de sus bolsillos, paseando por calles desconocidas de la ciudad.

Tampoco podría asegurar dónde están porque hace mucho que cerró los ojos. Está concentrada en agarrarse fuerte, asirse a su cuerpo para no caerse. No está segura de que se trate sólo de algo físico. Él es él y no quiere perderse.

Cuando siente que se han parado abre los ojos y separa su cabeza de la espalda de Javier. Ha aparcado la moto entre unos contenedores y un coche y cuando se quitan el casco ninguno puede reprimir una mueca al detectar el aroma de los residuos urbanos. El pelo alborotado de Javier le trae a Paula el recuerdo de su compañero de clase pero ya no le parece tan idiota. Le revuelve más el pelo y a cambio recibe una sonrisa.

- ¿Dónde estamos?- pregunta.

- Ven, es un sitio muy especial.

Agarra su mano y suavemente la conduce hasta la entrada de un parque. En la puerta, un cartel oxidado recuerda las horas en las que permanece abierto. Atraviesan el umbral así, de la mano, sin querer soltarse, sin hacer un sólo amago de agresión. Es como si siempre hubiera sido así, como si los dos se hubieran complementado en todo momento y nunca hubieran tratado de fastidiarse. Hoy parecen estar de acuerdo.

Incluso se han calzado igual.

- Me gustan tus zapatillas.

- Y a mí las tuyas.

Parecen idiotas. Frases cortas porque ninguno sabe por dónde empezar. Demasiadas inseguridades. Demasiados vacíos en la experiencia que no se pueden llenar consultándolo en Internet. Hay que vivir para aprender a vivir. Por eso la cautela, por eso, pies de plomo. Aunque hoy sus pies vistan de rosa y morado. Rosa, morado, azul, blanco, negro. Un arco iris de invierno en Madrid, de un parque perdido con horario de entrada. Una cita improvisada y dos manos que ya no quieren separarse. Justo como sus corazones.

- Este es mi lugar.

Javier se ha parado delante de unas escaleras que en algún tiempo debieron subir hasta la casa que ahora hace las veces de caseta de jardinero. Están muy deterioradas y el único camino al que llevan es la verja trasera del recinto. Paula se sienta junto a él en el primer escalón y contempla el paisaje.

Fábricas al fondo y una vía de tren. Extraño para un lugar favorito.

- Siempre que no tenía nada que hacer, o sea, casi siempre, venía aquí. Mi lugar para pensar.

- Pero no hay nada... especial. Sólo un paisaje más.

- Lo sé, pero es el mío. Privado. No lo comparto con nadie más. No creo que haya nadie más que lo considere especial.

- Ahora lo conozco yo.

- ¿Y qué te parece?

Paula mira al fondo. Un tren de cercanías cruza. Cientos de vidas en la misma dirección. No sabe si ahora mismo ella está a punto de subirse a un tren, a uno de esos que la vida te pone delante. Mira las fábricas y aprieta su mano. Allí juntos, aferrados el uno al otro, los edificios

mugrientos son bellos.

- ¿En qué quieres pensar hoy?- la pregunta de Paula rompe el silencio.

- En lo que te quiero decir.

Otro silencio. Su mirada fija en el horizonte. ¡Qué difícil es esto! ¿Cómo le dices a alguien que casi no conoces que no puedes respirar si imaginas que no va a estar cuando mires en su dirección? ¿Cómo explicarle que la necesitas sin saber muy bien el por qué? ¿Cómo poner en palabras los sentimientos que ha despertado en ti? Le falta la red de la seguridad, algo que detenga la caída si al saltar no acierta a agarrarse a la barra de este trapecio donde hace equilibrios. Vuelve sus ojos a ella y se atreve. Un gesto, sólo uno, para decirle todo. Un beso que explica lo inexplicable y que ella corresponde porque se está haciendo las mismas preguntas. Y esta vez es verdad. Los dos quieren. Ninguno trata de molestar al otro, ni forma parte de una estrategia de evasión.

La mañana se disuelve entre risas y besos, enmarcada en un paseo en ese parque frío, con un sol de invierno y un cielo inusualmente azul.

- ¿Quieres un helado?

Debería ser verano para la pregunta pero Javier sabe donde conseguir los mejores helados de invierno y tienen hambre. Las horas han pasado y ha llegado el mediodía. Paula debería volver a casa para que su madre no se preocupe pero una llamada, una mentira y la complicidad de Ana, a la que involucra con un SMS, le dan vía libre. La tarde es perfecta. No necesitan decirse lo que sienten porque sus cuerpos se lo gritan. Es de verdad y no quieren que acabe. Sin embargo, como todo, se termina. Con una llamada de teléfono a Javier.

- ¿Sí?

- Javier, soy Pili.

- Hola, Pili. ¿Qué pasa?- Javier se pone nervioso. No debería haber descolgado.

- Tengo otro trabajo para ti.

- ¿Otro?- palidece. No quiere otro trabajo, ahora no.

- ¿Quién es?- pregunta Paula.

- Me llaman de la agencia.

Javier no quiere mentirle. A ella no. No piensa aceptar el trabajo pero no le da tiempo a explicarse. Paula le da un golpe en el pecho con el casco, que tiene entre las manos, saca su carpeta de la mochila y ni siquiera se despidе. Una palabra y la realidad tropieza con el cuento de hadas. Se había olvidado de cómo se conocieron. Sale corriendo y busca una boca de metro por la que desaparece, dejándole sin palabras. Ni siquiera las justas para contestarle a Pili. Javier cuelga y la chica de la agencia le vuelve a llamar.

- ¿Se puede saber por qué me has colgado?- Pili se mosquea con facilidad.

- No era el mejor momento.

- Bueno, te llamaba también por si quieres cobrar el trabajo que hiciste... ¡pero si no quieres! A mí me da lo mismo.

- Pasaré a recoger el dinero. De lo del trabajo hablamos allí.

Después se sube en la moto y vuelve a casa. Parece que todavía va más despacio. ¡Vaya mierda! Tenía que haber imaginado que le saldría mal. A él todo le sale mal.

* * *

¡Qué idiota eres Paula! Va llorando en el metro, con los pensamientos perdidos entre las emociones del día. Tiene que olvidarse de este tema. ¿Por qué un chico va a cambiar su vida por ella? Olvídate. Esto no ha pasado.

* * *

Es jueves. César, uno de los gemelos, entra en la habitación de repente. Ángel, como siempre que uno de sus hermanos hace algo así, se enfada. Tienen la manía de no respetar demasiado su intimidad.

-¿No te he dicho mil veces que no entres así en mi habitación?

- Sí, ya lo sé, pero es una emergencia.

- ¿Qué pasa ahora?- Ángel espera una respuesta.

- Te lo digo con la condición de que echas a éste de casa y no le vuelvas a dejar entrar nunca - el gemelo sigue en la línea de siempre del par de hermanitos que le habían tocado en suerte.

- ¡Dímelo o te parto la cara!- Ángel está hasta las narices de sobornos, y bastante cabreado porque los gemelos le han dicho que su hermana tiene un novio que al que llevó a la boda de su padre.

- ¡Vale! Es mi hermana.

Ángel alucina. ¿Qué ha pasado? ¿Justo ahora que tiene novio le busca? Un instante después su cara cambia. A lo mejor quiere contarle que ya tiene novio. De todos modos no está dispuesto a perder una oportunidad de verla.

- ¿Está aquí?- pregunta.

- No. Te llama por teléfono. Pero que conste que te lo he dicho para que se vaya este parásito de casa.

Ángel saca al niño de la habitación y le va gritando por el pasillo. Eduardo también tiene la misma opinión de Javier y, por ello, siempre están discutiendo con su hermano mayor. Javier pasa de los dos niños, les ignora en todas las ocasiones, como si nunca dijeran algo que tuviera que ver con él. No se resiste a la curiosidad que le produce el no haber visto nunca a la famosa hermana mayor, de la que ni siquiera recuerda el nombre. Ángel habla mucho de la chica, pero tiene la manía de llamarla ella. Por lo que le cuenta es preciosa y es muy dulce.

Javier piensa poniendo las frases en palabras. Se intenta convencer para que no le duela el rechazo.

- ¡Si me hubiese enamorado una chica así! ¡Y no de esa loca! No creo que nadie pueda soportar los ataques de mal genio de los que es víctima continuamente.

- ¿Con quién hablas?

- Con nadie. Estaba pensando, que aunque no te lo creas lo suelo hacer con frecuencia. ¿Qué quería?

- ¡Tío, estoy alucinado! Quiere que salgamos este fin de semana. Se ha quedado sin coche por una temporada, porque le ha hecho algo, y quería preguntarme si me apetece ir con ella y sus amigas el sábado por la noche a un garito que inauguran. Han pensado salir de marcha, pero su padre ha dicho que si no van con alguien que tenga coche para volver no le deja ir. Le he dicho que yo voy. Y también que te iba a preguntar si tú quieres venir. ¡Así la conoces de una vez!

- Pues no sé si me apetece. ¡Qué morro tiene! Te llama para que las lleves.

- Te equivocas. Son cuatro, y van a llevar el coche de una de las otras chicas. Además, yo le dije que quería ir alguna vez con ellas - replica Ángel.

- ¿Cuándo se lo dijiste?

- Bueno, no sé. Muchas veces se lo he sugerido, pero decírselo... creo que no se lo he dicho.

- ¡Y luego dices que el imbécil soy yo! -dice Javier.

- ¿Vas a venir o no?- pregunta Ángel.- ¡Venga! ¿No dices que quieres que vayamos siempre a algún sitio distinto y no lo hacemos? Pues aquí tienes una oportunidad. Yo creo que no debemos desaprovecharla.

- Creo que me apunto. Después de la semana que llevo necesito relajarme.

- ¿Qué le ha pasado a tu semana?

- Bueno, lo de la cita del viernes, ya sabes... - y cambia de tema, no sea que se le escape algo más. Si las cosas hubieran salido bien, se lo podría haber contado. Pero han salido fatal así que prefiere guardarse su fracaso donde los demás, en lo más escondido de sus sentimientos, para que no haga daño.

* * *

Las horas que restan hasta el viernes previo al sábado de la inauguración pasan rápidamente. Se van entre apuntes, llamadas y conversaciones en el Messenger. Después de muchos mensajes cruzados ya se han puesto de acuerdo, pero aún así deciden quedar en La Facultad. Está bien la comunicación a través de la pantalla pero nunca es mejor que estar con los amigos compartiendo unas cervezas en el bar del barrio. Ana, Paula, Marta y Raquel; todas juntas esperan a Ángel y a su amigo, que han quedado en venir. Ninguna de ellas le conoce, aunque la amistad de éste con Ángel dura desde hace años. Sin embargo, es en los últimos años cuando más se ha reforzado, y son también los mismos en los que Ángel y las chicas se han visto menos.

- ¡Hola guapísimas! ¡Cuánto tiempo!- Ángel viene solo.-Lo siento, mi colega no ha podido venir. Creo que ha ido a comprarse unas gafas de sol.

- ¡Si estamos en Diciembre!- dice Ana.

- No, es que este chico no es normal, ya lo veréis.

Mañana cuando salgamos lo conoceréis.

- De acuerdo- asiente Paula, sin sospechar el lío que se avecina.

-¡Por cierto! Esta es Ana, mi amiga.

- ¡Hola Ana!- ella le da dos besos, observando que Paula no ha mentido. Ángel es realmente atractivo. No sabe que le gusta más, si sus ojos o su sonrisa perfecta. ¿Por qué no le gustará a Paula? Ella no le diría que no a una insinuación de Ángel ni borracha. Lo piensa mejor. Borracha menos que serena.

- ¿Qué habéis decidido?- Ángel pregunta, algo turbado al observar que Ana no le quita ojo de encima.

- Quedamos en tu casa, que está más cerca. Nos pasaremos sobre las ocho y media - dice Paula.

- ¿A quién voy a llevar yo?- pregunta Ángel. Guarda la esperanza de que Paula y él vayan a solas en su coche, pero de todos modos no se atreve a presionarla.

- Vamos a hacer un reparto equitativo. Dos chicas para ti y dos para tu amigo- dice Raquel.

Todos se ríen porque le ha salido en verso.

- Raquel y yo iremos contigo- dice Marta.- No puedo perder a mi hermana de vista. ¡Se mete en un lío en cuanto me descuido!

- ¡No te pases!- protesta Raquel.- ¡Si soy una bendita!

- ¡Seguro!- dice Paula. - ¿Quieres que te recuerde el día que te clavaste un cristal en la cabeza por tirarte de espaldas en un césped donde habían estado de botellón? ¡Nos tuviste toda la noche en urgencias!

- ¿Y el día que te perdiste al volver a casa del pedo que llevabas? Apareciste a las ocho de la mañana y papá me tuvo castigada un mes.

- ¡Toma, y a mí!- protesta Raquel.

- ¡Ya! ¡Pero es que yo no hice nada! Yo volví a la hora que nos dijo.

- Bueno, a lo que íbamos. Ana nos llevará en su coche a tu amigo y a mí - Paula, que siempre consigue alguna treta para librarse de Ángel, retoma el tema por donde iban.

- ¡Vale! - responde éste buscando esconder su decepción porque no le han salido las cosas como él quería.

- Estad preparados para salir lo antes posible. Luego no hay un dios que aparque - dice Ana. Se le da fatal aparcar.

Piden más cervezas y se ríen con las historias de Raquel. Esta semana ha destrozado un billete de diez euros al confundirlo con un papel que tenía por el bolsillo. La bronca que le ha caído no es nada comparada con la que se ha llevado su madre por dejarse en el baño el bote de Don Limpio.

Su padre, que es un poco despistado, se ha lavado el pelo con él.

- Decía que no le extrañaba que el señor que habían puesto en la etiqueta se quedara calvo con ese champú tan malo. Cuando se enteró de que era para el servicio se lió a gritarle a mi madre y la cabreó tanto que nos tocó hacer la cena a nosotras. ¡Menuda es mi madre! A ella no le da voces nadie sin que se vengue, pero lo malo es que el pato lo he pagado yo... Cuando protesté me dijo que me lo merecía por romper el billete.

- ¿Y yo qué? ¡Te recuerdo que fui yo quien hizo la cena!

¿Lo veis? A mí siempre me castigan por su culpa - Marta lleva razón, pero ser la mayor es lo que tiene.

- El castigo más espectacular fue de hace dos años -Raquel se está riendo, y Paula sabe por qué, pero Ana y Ángel no conocen la historia, y a Marta no le hace gracia recordarla.

¡Esta vez el castigo fue cargar con su hermana para siempre!

- ¿Qué pasó?- pregunta el chico.

- Nada, que mi madre no es precisa con el vocabulario -risas.

- ¿Qué significa precisa?

- Pues que le pregunté a qué hora volvía un sábado, cuando todavía me dejaba salir sin ésta - señala a Marta - y me dijo: cuando tú veas.

- ¿Y?- dice Ana.

- ¡Pues que llegué a las siete! Justo cuando empezaba a ver, porque ya había amanecido. ¡A mi madre no hay quien la entienda!

- Lo que creo es que tienes mucha cara, princesa.

Todos se ríen y Raquel se pone un poco colorada. Ángel es encantador siempre. Si no fuera

porque está colado por Paula, y no tiene ninguna posibilidad, se lo intentaría ligar.

* * *

Al día siguiente las chicas quedan pronto. Van a la inauguración de un sitio que promete y quieren estar a la altura de las circunstancias. Se pasan más de dos horas en la habitación de Paula decidiendo lo que se van a poner y, cuando consideran que llevan lo adecuado, se marchan en busca de sus acompañantes. Llegan hasta la casa de Ángel diez minutos antes de lo previsto, pero no tienen que esperar al amigo. Parece que es un poco impaciente y lleva preparado desde las nueve y media de la mañana. Antes de que Ángel pueda sugerir otra cosa, ya está en su casa, a la que previamente se ha autoinvitado a comer, para desgracia de los gemelos que sienten por él una animadversión que se parece en cierta medida al odio. Sin embargo, a la madre de su amigo le cae muy bien, y enseguida se muestra dispuesta a recibirle.

Javier le jura a Ángel que será la última vez que le pida prestada la ropa, pero éste sabe que es mentira. Hoy toca un abrigo.

- ¡Por fin voy a conocer a la hermanita! ¡Y encima voy a viajar con ella!

- Eres un cabrón. ¡No me lo recuerdes! No me atreví a decirle que viniera en mi coche.

- ¿Te imaginas que consigo ligármela?- Javier está por tocar los huevos.

- ¡Ni se te ocurra! Bueno, qué digo, si tú eres un desastre. No te salen bien ni las citas concertadas.

- Por cierto, ya fui a cobrar. Pili me ha dicho que puede que tenga algo para mí, así que me estoy pensando seguir en la agencia. A lo mejor la chica nueva que me toque no está loca. Vamos, estoy seguro de que será mucho mejor que la del otro día.- Ni él mismo se cree sus palabras pero hay que disimular.

El teléfono suena y Ángel va a cogerlo, aliviado porque algo interrumpa la burla de su amigo. Poco le dura la alegría; cuando regresa está pálido.

- ¿Qué pasa? ¿Ya no nos vamos?- Javier se asusta al verle la cara desencajada.

- Sí, sí que nos vamos. ¡Pero nos llevamos un paquete!

- ¡No jodas tío! ¿No tendremos que llevarnos al pelma de Luis?- es un antiguo amigo del que se han librado a base de no irle a buscar, de no llamarle, de no contestarle los SMS...

- ¡Peor! Tenemos que llevarnos a una chica a la que ninguno soportamos; es familia de mis hermanos, la otra hermana de las otras hermanas de mis hermanos.

- ¿Quién?- a Javier, más que una explicación, le ha parecido un trabalenguas.

- ¡Da igual! ¡El caso es que la tía es insufrible! El padre de los gemelos acaba de llamar. Esta tía se ha quedado sola, porque su madre, que es dueña de una agencia de modelos, se ha ido de gira, y el padre de mis hermanos se los lleva a ellos y a las otras niñas a cenar. A la mema ésta le da miedo estar sola en casa. ¡Nos la han encasquetado! ¡Y encima tengo que llevármela yo, porque después se queda a dormir aquí! El as no la soportan, y no creo que se ofrezcan a llevársela a su casa.

- Por eso no hay problema, me la llevo yo.

- Me encantaría ver la cara de tus padres cuando se la encuentren en tu casa por la mañana... Y te digo que te arrepentirías.

- Creo que las chicas están aquí. He oído el timbre. A no ser que quien llame sea el paquete...

- dice Javier. Da igual que sea una pesada. Lo que cuenta es que el bar al que van esté repleto de mujeres, como un harem donde sentirse Sultán por unas horas. A lo mejor su suerte cambia y puede encontrar una manera de no pensar más en Paula.

Paula se queda helada cuando Ángel le deja caer que Susana va a ir con ellos. Es una posibilidad con la que nadie hasta ese momento ha contado.

- ¿Tú estás atontado? ¿Se puede saber por qué le has dicho que sí?- le recrimina.

- ¿Y qué hacía? No me lo ha pedido ella en persona, ha sido tu padre. Aunque mi madre y tu padre se divorciaran es el único padre que he conocido y sigue ejerciendo autoridad sobre mí. ¡Además mi madre me ha amenazado con confiscarme las llaves del coche si no decía que sí! ¡Lo siento! A ella, como a casi todo el mundo, le da pena la pobre Susanita.

- No lo sientas por mí - replica Paula.- Siéntelo por todos, que vamos a tener que soportarla. Y esperarla, porque la tía es lo más impuntual que conozco. Dice que entra dentro de las normas de buena educación de una señorita.

Aun no han coincidido con Javier. Este está ante el espejo de la habitación de Ángel, probándose sus nuevas gafas de sol con un gorro de lana que se ha comprado en la liquidación de una tienda de deportes que cierran. Entran todos sin que le dé tiempo a quitarse los complementos.

- Voy a presentarte a las chicas.

Casi se cae de la silla. ¿Aquella chica era de quien siempre hablaba su amigo? ¡Es ella! ¿Pero por qué? Le encantaría que se abriera un agujero en el suelo de la habitación y se lo tragara la tierra. Podría aparecer en el mismísimo infierno y no tendría tanto calor como ahora.

- ¡Hola!- dice intentando cambiar un poco la voz. Le aterra que lo reconozca y estalle en una de sus discusiones. El gorro y las gafas, providencialmente, actúan como disfraz.

- Ella es Paula - Javier ya lo sabe.- Es la hermana de los gemelos. Ellas son Ana, Marta y Raquel. - Las cuatro saludan sucesivamente al chico. Javier sólo no ha sido presentado antes a Ana, pero la reconoce como la otra chica de su clase en la Complutense. ¡Lo que faltaba! Otra chica de su clase que va a poder contar lo de la agencia de alquiler. El timbre vuelve a sonar.

- Esa debe ser Susana - dice Paula suspirando. Javier alucina. ¡Tiene que ser la misma cursi de la boda! Encaja perfectamente en la descripción que ha hecho Ángel de ella. ¡y se llamaba Susana! Piensa que su amigo no ha sido nada objetivo con Paula. Tampoco es tan guapa como siempre dice él, pero reconoce que a él también le gusta. Ante sí mismo reconoce que es mucho más. También está enamorado de ella, aunque le parece que es una historia imposible. Y ahora todavía más que sabe lo que Ángel siente por ella.

- Voy a abrir- dice Ángel.

- Apuesto a que trae dos mochilas hasta arriba. Seguro que considera imprescindible llevarse cada vez que sale, además del pijama y media sección de cosmética del Corte Inglés- sonríe Raquel.

- ¿Qué apuestas?- pregunta Marta.

- La colonia que me compré el otro día.

- De acuerdo -dice Marta.- Pero yo apuesto que será una mochila y un bolso. Y me juego los polvos compactos nuevos.

- ¡Pero si son de las dos!

- Bueno, pues entonces... la pulsera de Ibiza.

- Eso me gusta más. ¡Vamos!
- Yo no me lo pierdo.

Las dos salen de la habitación seguidas por Ana, que quiere comprobar si alguna de las dos lleva razón, y necesita ver en persona a una chica de la que ha oído hablar muchas veces. Marta gana. Se queda con la colonia y no va a tener que perder su pulsera. Susana debe pensar que se va de su casa para siempre. Lleva un montón de trastos, pero el único comentario al tema son unas risitas mal disimuladas.

Javier y Paula se quedan solos durante algunos instantes en la habitación. Ella intenta averiguar qué aspecto tendrá él, pero Javier se da la vuelta, casualmente cada vez que se acerca. Piensa que le suena mucho ese chico, pero lo asocia inmediatamente a Ángel. Sabe que los dos se conocen desde hace años, y lo más probable era que lo haya visto en alguna ocasión que no logra recordar. ¿Qué colonia usa? Le recuerda a algún olor que se ha clavado en su nariz. De todos modos intenta que se quite las gafas.

- ¿Me las dejas probar?- pregunta.
- ¿El qué?- sabe a lo que se refiere pero trata de ganar tiempo mientras los demás llegan. No está dispuesto a que se ponga a chillar antes de salir.
- Las gafas, que si me las dejas.
- ¡Ah! No - contesta con un hilo de voz. - Es que son graduadas y tengo seis dioptrías en cada ojo, y te pueden hacer daño.
- ¿Esas gafas son graduadas?- la verdad es que no lo parecen en absoluto. Su diseño no encaja en absoluto con lo que son realmente unas gafas para alguien con problemas serios de visión. Además, Ángel les había dicho que el día que quedaron en el bar no había ido porque fue a comprarse simplemente unas gafas de sol.
- No lo parecen, pero es que son especiales.

- Tú vienes con nosotras- le dice Paula cuando salen todos juntos a la calle. Momentos antes ella está rogando porque alguien llegue a interrumpir esa conversación de merluzos que mantienen. En la calle Javier remolonea, intentando colarse en el coche de su amigo, pero al final cede y acepta lo pactado previamente.

Una vez dentro de los coches Ángel se pone delante y Ana le sigue. Apenas han recorrido unas manzanas cuando Ana se da cuenta de que, a pesar del calor que hace en el coche, Javier permanece con la bufanda calada hasta las orejas, que se ha puesto nada más poner un pie fuera de la casa de Ángel, y el abrigo abrochado hasta el último botón.

Tampoco se ha quitado el gorro y las gafas que llevaba en casa de su amigo, y eso que hace mucho que es de noche. Ana, después de observarle por el retrovisor, le interpela.

- ¡Te vas a asar! Y lo peor es que después te vas a quedar helado cuando salgamos a la calle, eso si conseguimos aparcar, porque me han dicho que mucha gente va a venir a la inauguración.
- No, no te preocupes- dice él. - Estoy bien así.

Paula, ajena a lo que él dice, se da la vuelta de repente.

La voz que acababa de oír le es familiar, y al darse la vuelta lo reconoce enseguida. Al fin y al cabo tampoco era tan difícil.

Puede que se haya escondido un poco pero lleva la misma cazadora y sigue oliéndole tan bien. Ese olor es de él. No es ningún perfume.

- ¿Qué haces tú aquí?- grita. Ana, que no espera una reacción similar por parte de su amiga,

se asusta.

- ¿Qué pasa?- le dice - ¡Paula, no grites así cuando vaya conduciendo! He podido estrellarme con el coche de la derecha.

- ¿Qué no grite? ¡Lo que voy a hacer es matarle! ¿Sabes quién es este individuo?

- ¿El amigo de Ángel?- aventura Ana.

- ¡Además!

- Espera, te lo voy a explicar -dice él.

- ¡Tú cállate que estás más guapo! -Paula está chillando como loca, como cada vez que se enfada.

- ¡Pues si no me das más pistas no sé quien es!- Ana sigue esperando que le contesten.

- ¡Es el nota de clase! El payaso que siempre tiene que decir la última gracia.

- ¡Tampoco te pases! -dice él.

- ¿Es el tío al que le pegaste un puñetazo el otro día? -Ana está alucinada.- ¿Y no sabías que el chico de clase es el mejor amigo de Ángel?

- ¡No tenía ni idea! Pero no es eso. Este idiota es el chico que me mandaron de la agencia. ¡Con él es con quien salí!- Paula está furiosa. No concreta que no ha sido un solo día. Está muy enfadada desde la cita en el parque.

- ¿Al que besaste?- Ana acaba con la paciencia de Javier con un simple comentario.

- ¡Se lo has contado! -chilla él.

Paula está enfadadísima. Se desabrocha el cinturón de seguridad y se da la vuelta dispuesta no se sabe a qué, pero de repente se da cuenta de que los del otro coche, como alguno se dé la vuelta, se percataran de que algo raro está ocurriendo.

No le conviene que sus amigas se enteren de que ella ha alquilado a un chico, y mucho menos Susana, que tardará menos de dos minutos en decírselo a su padre.

- ¡Joder! Tenemos que hacer algo. Ellas no pueden enterarse. ¡Tienes que fingir que eres David!

- ¡Y una mierda! Y Ángel me mata.

- ¿Pero me queréis explicar qué pasa?- Ana se está empezando a enfadar, porque no consigue encajar del todo las piezas de ese rompecabezas.

- ¡Mira, me da igual lo que opine Ángel! El caso es que ninguna de las tres chicas que van en el otro coche sepan quién eres - Paula estaba descontrolada. Si ellas se percatan del engaño quedará realmente mal, pero si llega a oídos de su padre... En eso prefiere no pensar.

- ¡Pues a mí el que me preocupa es Ángel! Y si tú no quieres que ellas se enteren yo menos, que lo haga él. ¿No te has dado cuenta de que ese chico está colgado contigo?

Paula se queda pensativa. Lo sabe de sobra. Es más, siempre ha querido librarse de esa cruz que carga desde la infancia. El hecho de que ella haya estado con su mejor amigo, puede hacer que se le pase de una vez la obsesión que le ataca desde que no era más que un niño. En eso no había caído. Pero tampoco es plan hacerle daño. Ahora sabe lo que se siente cuando te enamoras de alguien y las cosas no salen bien. Allí está él, gritando al unísono con ella, abriendo una brecha entre los dos. No habrá más besos, ni paseos en moto, ni helados en el mes de diciembre. Todo se ha ido a la mierda porque es tan tonta que no es capaz de reconocer que ese chico imperfecto es el que siempre ha estado esperando. y tampoco sabe que cuando lo encuentras no hay que dejarlo escapar.

- ¡Está bien! Se me ocurre una idea. Cuando entremos en el bar tú serás Javier, y yo nada más llegar les diré que he quedado con David. No te quitarás el abrigo ni las gafas. Al cabo de un rato aparecerás sin abrigo y sin gafas fingiendo ser David. Discutiremos y me iré a casa. Después volverá Javier.

¡No sé cómo lo haces, pero siempre acabas estropeándolo todo! Tendré que volver a casa yo sola -Paula les cuenta de un golpe la historia que su mente ha maquinado en pocos segundos.

- Me parece bien, -Javier está deseoso de salir de aquel lío que se ha formado, - pero yo también me largo después. No quiero que Ángel, ni por lo más remoto sospeche que he salido contigo. No quiero que se enfade conmigo.

- ¡Creo que no va a funcionar!- Ana, la que está más al margen de la historia se da cuenta de que hay algunos detalles que no acaban de estar claros.

- ¿Y por qué no? Si lo hacemos bien ellas se lo creerán.

Ni yo misma me he dado cuenta de que era él hasta hace un poco.

- No lo digo por ellas, me refiero a Ángel. Él conoce a Javier con abrigo o sin él, con gafas o sin gafas. Y hará mucho calor para que Javier no se quite en toda la noche el abrigo y las gafas. En cualquier momento Ángel puede meter la pata.

- ¡Tienes que entretenerlo! -Paula y Javier hablan a la vez. Ninguno de los dos quiere que el chico sepa nada, aunque cada uno por razones bien distintas.

- ¿Yo?- Ana no imagina que en aquella historia pueda a tener un papel. Ella pretendía ser una simple espectadora de lo que ocurra, y ya ha empezado a pensar que aquella noche va a ser, por lo menos, divertida.

- No te puedes negar Ana. Tú me metiste en este lío.

- ¡Ya lo sé! Pero Ángel está muy pillado contigo y creo que no voy a ser capaz de entretenerlo mientras tú estés cerca.

- ¡No sé por qué! -dice de repente Javier.- Eres una chica muy guapa, y cualquiera estaría encantado de conseguir que le prestases atención.

A Paula aquel comentario no le sienta demasiado bien, y no es sensato. Ahora no tiene la justificación absurda de que la chica a la que él piropea le cae mal. Todo lo contrario. Ana es prácticamente su mejor amiga. De repente sabe que debe estar volviéndose loca, porque siente unos celos terribles cada vez que Javier es amable con alguna chica. No está siendo lógica.

A sus ojos, Javier es un imbécil, además de una persona con pocos escrúpulos que no duda en alquilarse por dinero, y además es mucho menos atractivo que Ángel, por ejemplo, y éste no le inspira nada a su corazón. Piensa que quizás no está durmiendo lo suficiente los últimos días.

Llegan al bar al poco. Como es normal un sábado por la noche les cuesta bastante dejar el coche aparcado, pero nadie le da excesiva importancia. Al fin y al cabo es parte de una salida en Madrid durante cualquier fin de semana del año. El garito al que han acudido es muy corriente. La decoración está ambientada en una ciudad estadounidense de mediados del siglo XX, con muchas alusiones a los mitos del mundo del espectáculo americanos de aquel tiempo, entre los que destacan dos caricaturas, una de Marilyn y otra de Elvis. La ambientación hace presagiar que durante toda la noche escucharán rock and roll nostálgico.

Mucha gente ha acudido a la inauguración. Es un sitio como otro cualquiera, pero la novedad y el frío de diciembre, que no invita demasiado al botellón, ha atraído a muchos curiosos que buscan un entorno nuevo para hacerse creer a sí mismos que el fin de semana ha sido diferente.

Como si el cambiar de lugar consiguiera que se hagan cosas distintas. No es así. Al final se toman copas como cada sábado, se habla a gritos, en un intento vano por superar el volumen, siempre demasiado alto, de la música y se intenta ligar con quien sea para tener algo que contar el lunes en el trabajo o en clase.

Siempre es la misma historia, pero hay que variar el escenario, cambiarles el nombre a los personajes, para que no parezca igual. Sería terrible si de repente toda una generación se diera cuenta de que no han hecho sino perder el tiempo.

Entran en el bar todos juntos. Ángel, Susana, Marta y Raquel han llegado antes, porque encuentran un sitio cerca para aparcar, pero a los otros les ha costado algo más. Javier sigue embutido en el disfraz que improvisó en la casa, y dispuesto a seguirle el juego a Paula. No tiene ganas de tener una bronca con Ángel, aunque por otro lado está tentado de descubrir ante las chicas su mentira. No entiende las razones que le impiden, siempre que se lo propone, hacerla quedar mal ante todos. Después de analizarlo sabe que no se trata, ni mucho menos, de las burlas que recaerán sobre él. Más que su propia imagen quiere preservar la de ella. Desde la conversación en el bar, cuando se quedaron sin coche, no ha dejado de pensar en ella un solo momento. A veces la odia, por lo mal que le trató. Otras, desea que vuelva a besarle. Se descubre soñando otra cita como la del martes. Pero desde que se ha enterado de que es la chica con la que Ángel suspira desde pequeño piensa que no va a existir ninguna posibilidad.

Entre una chica que parece que le detesta y su único amigo de verdad le elige a él.

- ¿Qué vais a tomar?- Ángel toma la iniciativa.

- No sé... ¿Cerveza?- Paula ha tomado la palabra, pero los demás asienten convencidos. La música es muy fuerte, pero a voces consiguen entenderse. Cuando Ángel se marcha, seguido por Ana, Javier se las ingenia para desaparecer.

- ¿No has quedado aquí con tu novio?- pregunta Susana con evidente mala idea.

- Pues mira, no, estamos enfadados, pero no me extrañaría que apareciera.

- ¿Entonces pasas de él? Porque si no te importa me parece que es un chico muy atractivo, y si ya no te interesa... -Susana no se anda con rodeos.

- ¡Sí me interesa!- cuando oye sus propias palabras no puede evitar sorprenderse. Lo ha dicho con un convencimiento absoluto. - Que estemos algo enfadados no quiere decir que...

¡mira, ahí está! Perdonad - Paula se acerca a él. Lleva dibujada en el rostro la mejor de sus sonrisas. En sus planes está organizar una bronca con David que le sirva de pretexto para marcharse. Javier ya se inventará lo que le dé la gana. Sin embargo, la actitud de Susana modifica su primera voluntad.

Javier apenas ha variado su atuendo. Lleva el abrigo del revés en la mano, con la bufanda, el gorro y las gafas escondidos en él. Tiene previsto saludar y marcharse. La bronca será suave y civilizada.

- ¡Hola!- las chicas le reconocen sin problemas como el muchacho que acompañó a Paula el día de la boda de su padre.

- Sabía que estarías aquí- dijo Paula, arrastrándole del brazo. -Tenemos que hablar.

- Yo también lo creo.

Ante el estupor de Javier, Paula le rodea con sus brazos y le da un apasionado beso. ¡Paula necesita ir al psicólogo! Si no había entendido mal, habían quedado en que iban a discutir, y aquello parece más bien una reconciliación. Y lo mejor es que le encanta. Ella le susurra unas

palabras al oído que le confunden todavía más.

- ¡Vayámonos de aquí!

Marta y Raquel observan la furia de Susana. Parece que de nuevo las dos chicas tienen algo por lo que competir. Antes había sido Ángel. Mientras que Paula, de pequeña, no se lo podía quitar de encima, Susana no ha dejado pasar la ocasión de intentar algo con él. La antipatía que se tienen mutuamente hacía que las dos se enfrentaran. Aunque una supiera que no tenía posibilidades con Ángel y a la otra le sobrara en su vida sentimental. Ahora parece que el motivo de la disputa es otro chico, el mejor amigo de Ángel. Éste llega unos instantes después con Ana.

- ¿Dónde se han metido Javier y Paula?

- Paula se ha ido con su novio, David. Creo que habían quedado aquí, aunque ella no nos había dicho nada.- Marta mira para localizar a Javier, pero no lo consigue.- De tu amigo no sé nada. A lo mejor ha ido al coche a dejar el abrigo y la bufanda.

- ¡Pero si tengo yo las llaves!

- A mi coche. ¿Quieres bailar, Ángel?- Ana trata de distraer su atención como le han pedido sus compañeros de clase.

- No. ¡Esto no es lo que esperaba para esta noche!

- ¡Qué más da!- Ana intenta quitarle importancia al asunto. -Ya que hemos venido creo que debemos divertirnos.

- No me apetece - Ángel está furioso, aunque trata de disimularlo.

- ¡Por favor!- suplica Ana. - Hace un mucho tiempo que no iba a un sitio tan interesante. Y hace aún más que no encontraba a un chico tan guapo como tú. ¡No te enfades!

- ¿Te parezco guapo?- Ana utiliza la vanidad como arma para atraer su atención y cambiarle ese mal humor repentino.

- Eres el chico con el que siempre he soñado - Se ha pasado un poco, sobre todo por lo cursi, pero piensa que el juego puede ser divertido. Incluso intentar conquistarlo de verdad. No le vendría mal un poco de acción a su vida sentimental, que lleva estancada demasiado tiempo.

Ángel está cambiando de humor. Sabe que Paula pasa de él, pero está también acostumbrado a que en su presencia se comporte como una buena chica. Nunca le habla de ligues, y mucho menos se los presenta. Claro que tampoco hoy ha hecho ninguna de las dos cosas. Y si por casualidad alguien toca el tema, ella se las arregla para desviar la conversación.

Ángel sabe de sobra que nunca saldrán juntos, pero de todos modos le gusta soñar que podría ser. Por eso no entiende cómo puede haber sido tan poco considerada aquella vez. Por lo menos le podía haber presentado al tipo que debía odiar el resto de su vida. Decide concentrarse en Ana por esta noche.

Parece que está mucho más interesada en él que Paula.

* * *

En la calle hace frío y no tienen manera de volver a casa en coche, por lo que optan por dar un paseo. Ninguno tiene ganas de coger el metro, ni siquiera de volver a casa. Los dos quieren hablar, pero ninguno consigue encontrar las palabras adecuadas. No quieren volver a discutir. Por fin, Paula rompe el silencio.

- ¿Qué vamos a hacer?

- No lo sé. Tarde o temprano se van a dar cuenta de que David y yo somos la misma persona.

- Eso es lo de menos. Siempre podemos decir que... te llamé David porque es un juego entre los dos. Tú a mí me llamas... Eva, por ejemplo, que es como se llama mi madre. o porque no queríamos que Ángel se enterara a través de los gemelos. Me preocupa más otra cosa.

- ¿Qué?

- No sé, las cosas que estoy sintiendo en estos días... -le mira mientras se dibuja un silencio que no hace falta rellenar con palabras porque las sensaciones de sus cuerpos les están explicando el resto.

- Lo sé. Es lo mismo que me pasa a mí- se sientan en un banco, a pocos metros del bar.

- Es una cosa muy rara. Es como si tú fueras dos personas diferentes. Cuando estamos solos, si no discutimos, si me besas, me pareces... encantador. Eres alguien que escucha, alguien diferente a los demás.

- Lo malo es cuando estamos rodeados de gente. Entonces te vuelves una déspota y una histérica. Siempre hay que hacer lo que se te antoja, y no sólo porque pagues.

- Tú eres un payaso. Siempre haces o dices la tontería adecuada para que los demás se rían. En clase no te soporto.

- Yo tampoco.

- ¡Vaya! Ni siquiera sabía que me hubieras visto en clase antes del puñetazo - Paula se sorprende con la sinceridad del comentario de Javier.

- No es a ti, princesa - dice él - Es a mí a quien no consigo aguantar. Me gustaría parecerme más a Ángel. Es el chico ideal, lo que todas buscáis. Bueno,... todas menos tú.

- Es guapo, y divertido, pero no busco un chico guapo que me haga reír. Quiero alguien que me haga sentir. Creo que por eso te alquilé. Necesitaba alguien que cubriera las apariencias, porque todavía no había encontrado esa persona.

- Fuiste mi única cita.

- ¡Venga ya!- eso sí que no se lo esperaba.

- No, en serio. Pregúntale a Ángel si quieres. Tú fuiste la primera y la única persona que me alquiló. Después de cómo te enfadaste el otro día creo que voy a dejarlo.

- ¿Por qué?

- ¿Sabes? No busqué ese trabajo, me lo encontré por una confusión, pero lo acepté porque quería salir con alguna chica. Estaba harto de inventarme historias. No he salido con chicas nunca. Ya sé que parece imposible en los tiempos que corren, pero es así. Hay gente que no tiene huecos en su agenda y otros que no tenemos ni agenda por no ver los huecos.

- Yo tampoco salgo con chicos de manera habitual. Ni siquiera desde hace dos años. Y no por ello me alquilo.

- Pero en mi vida no hay ningún Ángel recordándome lo que me quiere.

Paula está confundida. Cada vez le atrae más Javier, ese que aparece cuando se sientan en algún lugar tranquilo.

Quiere abrazarle, besarle, pero no encuentra el primer paso. No venía en su manual de lecciones para la vida. Debería pedirles consejo a sus amigas. Ellas lo practican bastante a menudo.

- Javier, mírame - No quiere esperar más. Está decidida.

Pero no es ella la que sube el siguiente escalón. Javier la atrae hacia su cuerpo, y casi sin

darse cuenta se están besando otra vez.

* * *

El bar se llena de gente en poco rato. Han quedado demasiado pronto, y por eso consiguieron entrar, pero hay gente que espera en la puerta para hacerlo desde hace un rato.

Tienen que salir algunos para que los demás pasen. Pero ni eso es fácil. Raquel y Marta se han ido a lo que ellas llaman explorar, es decir, dar una vuelta para echarle un vistazo al personal del otro sexo, y Ángel se ha quedado en el mismo rincón que ocupan desde su llegada con Ana y Susana. Las dos se deshacen en halagos. La una, porque tiene un encargo que cumplir que se ha convertido en su reto de esta noche, y la otra porque aún no ha renunciado a un sueño que acaricia desde la infancia. Es un deseo personal, al que se le añade el prestigio que supondría el tener algo que podía haber sido de Paula. Ángel se lo podría estar pasando de miedo, pero le preocupa el que Javier no aparezca. Ha perdido las esperanzas 113

de que Paula vuelva, pero lo de su amigo no le cabe en la cabeza.

- Creo que lo mejor que podemos hacer es marcharnos a otro sitio. Aquí hay mucha gente, y hace un calor espantoso. A lo mejor encontramos a Javier- dice en un momento en el que puede apartar a Susana de su cara. Hace rato que se le ha pegado con la excusa de que no se oyen, y empieza a sentirse un poco molesto.

- ¡Pero aquí se está bien!- Susana parece muy dispuesta a pasar allí el resto de la noche.

- A mí me da lo mismo, pero me gustaría que no te apeteciera irte a casa - Ana se da cuenta de que ellos dos son los conductores, y que se le puede escapar. A menos que se deje el coche abandonado en las cercanías del garito.

- ¿Dónde están los demás? Marta y Raquel se fueron hace ya más de media hora, y Javier no aparece.

- Yo creo, - especula Ana - que Javier se habrá encontrado con alguna chica y se habrá ido con ella.

- ¡Tú no le conoces!- dice Ángel sonriendo- Es el tío más petardo del planeta.

- Eso es lo que tú piensas. A lo mejor lo que más nos gusta a las chicas es que los tíos sean unos petardos.

- A mí eso sí que no - interviene Susana - A mí me gustan los chicos guapos, como tú, que puedes mirarlos durante años sin cansarte - Susana se acerca de manera muy sensual a Ángel.

- Yo creo que con los chicos se pueden hacer otras cosas más interesantes que mirarlos durante años- Ana aprovecha para guiñar un ojo a Ángel. Este sonríe de nuevo.

- ¿Y de que cosas se trata?- Susana piensa que Ana no se va a atrever a decir nada impropio. Las únicas que hacen cosas que escandalizan a su cerebro son el trío formado por Paula, Marta y Raquel.

- Piensa. ¡Además de hablar, claro está!- mira a Ángel dándose cuenta que se está riendo de Susana.- ¡Venga, bonita!

Hablar, para lo que hay que tener ciertas dotes, porque no todas las personas nacen con ellas. También podemos... -sonríe antes de decir la siguiente palabra.- ¡Jugar al tenis!-Ángel sabe cómo va a terminar aquella conversación, pero quiere divertirse y no para la imaginación de Ana, que ataca directamente a la moral trasnochada que le han inculcado a Susana- También se

puede... ir de excursión a Toledo. ¡Ah!

También se puede foliar con ellos.

Susana está bebiendo y se atraganta. Cuando se recupera un poco se va de allí, con la excusa de que ir al baño.

Ana y Ángel se empiezan a reír, dejando sorprendidas a Marta y Raquel, que han dado por finalizada la exploración, ya que han conseguido dos buenos ejemplares. Pertenecen a una especie urbana de difícil catalogación, pero parecen muy interesantes a simple vista. El mismo interés que tiene Susana para alguien que no la conozca. Deciden esperar a que llegue, aunque en principio les tienta la idea de irse sin ella, y marcharse a otro lugar. Ángel, que al principio había perdido las esperanzas de que la noche fuese digna de recordarse empieza a pasarlo bien. Deja de importarle Javier, y que Paula se haya ido con otro. Cuando Susana vuelve del baño se dirigen hacia la salida.

* * *

Paula y Javier no se han movido del banco. Hace mucho frío, pero ninguno lo nota. Después del arrebato del principio han estado hablando. Ninguno recuerda haberse sentido tan bien con nadie. Es como si todo lo que les rodea hubiese dejado de tener importancia. Después de un tiempo, que ninguno podría precisar, separan sus labios y se miran. Una sonrisa y media después, cogidos de la mano, están contándose atropelladamente sus vidas. Es una narración errática, de anécdotas tontas, de colegios e institutos, de amigos y amores que salieron mal. Poco a poco las historias confluyen en quienes tienen en común. Llegan a la familia de Ángel y se paran en Silvia.

- Me quiere mucho. Siempre que aparezco por la casa de Ángel me trata de maravilla. Es conmigo como una madre de repuesto.

- A mí también me gusta Silvia. De todas las ex de mi padre es la mejor. Creo que incluso mejor que mi propia madre a veces. De la madre de Susana... ¿la ves a ella? ¡Pues igual pero por obra y arte de la cirugía! Eso sí, es más lista. A mi padre ese divorcio casi le cuesta la ruina. ¡Menos mal que es un hombre de recursos! De la nueva no sabría qué decirte. La he visto casi igual que tú. De hecho, ni me acuerdo de su nombre. ¡Para lo que va a durar! Creo que si Silvia le volviera a hacer algo de caso mi padre estabilizaría su vida, pero no creo que vaya a ocurrir. Es demasiado lista como para soportar sus infidelidades. Mi madre no fue la mujer de su vida, es Silvia, pero la perdió por idiota. Antes iba mucho por su casa, pero ahora cada vez menos, porque Ángel...

- Te quiere mucho - Javier se da cuenta de que su amigo no lo va a entender si ellos dos deciden darse permiso para empezar una historia.

- Lo sé. Yo también le quiero, pero no entiende que para mí es como uno más de mis hermanos, aunque no lo sea. Le quiero, cosa que no me ocurre con esa petarda de Susana.

- Oye, quiero que me expliques lo que pasa con esa chica. La odias a muerte.

Paula mira hacia otro lado, intentando evadir una pregunta a la que no quiere contestar. De repente ve algo que llama su atención y hace que se levante del banco, arrastrando de la manga a Javier, que no sabe qué es lo que pasa.

- ¿Entonces dónde vamos ahora?- pregunta Ana. El grupo que quedó en el bar, se ha parado

ahora junto al coche detrás del que se esconden Paula y Javier.

- Yo creo que podemos ir a un bar que está en mi barrio.

Empiezo a tener hambre, y allí ponen unas tapas cojonudas hasta... ¡yo qué sé! ¡Hasta que se les acaban! Algunos días Javier y yo hemos cenado a las dos de la mañana- Ángel empieza a disfrutar de la noche. Por lo pronto ha decidido ligarse de un golpe a las dos chicas que muestran interés por él, y lleva a Susana de un brazo y a Ana del otro. De pronto ésta ve a Javier y a Paula.

- Acabo de acordarme que me he dejado una cosa en el bar. Si me esperáis en el coche...

- Si quieres te acompañamos- Ángel teme que Ana también acabe desapareciendo.

- No, es igual. ¡Ya sé lo que vamos a hacer! Como me va a costar mucho entrar y aquí hace frío, lo mejor será que os vayáis todos al bar que habéis dicho. Luego os busco.

-No podemos, - dice Marta.- Somos seis, y en el coche de Ángel sólo caben cinco.- Ana se ha olvidado de los dos agregados, a los que Raquel y Marta se levantan con ellas.

- ¡Es igual!- las cervezas han afectado definitivamente a Ángel. - ¡Yo me quedo contigo preciosa!- Suelta a Susana, dispuesto a quedarse con la amiga de Paula. Ha pensado que después de todo le gusta más.

- ¡Pero tú eres el que debe conducir!- Susana trata de buscar la manera de que Ángel no se le termine escapando como otras veces.

-¡Tú eres gilipollas, niña! No sé cómo estaréis los demás pero Ángel no va a coger el coche. No lleva tres cervezas de más... ¡se ha bebido un barril! A lo mejor deberías ir en metro, ahora que todavía es hora - dice Ana, lamentando tener que renunciar a una conquista que le ha parecido casi segura.- Id vosotros, que luego os alcanzo.

De repente Paula arrastra del brazo a Javier y ambos se plantan delante del resto. La bofetada que Javier recibe le pillan tan de sorpresa como al resto. ¿Es que esta chica no va a cambiar nunca? Cuando cree que está empezando a entender de qué va le sale de alguna parte otra personalidad y vuelve a confundirle.

- ¿Qué pasa?- Ángel no entiende nada. Casi se había olvidado de los dos cuando de repente aparecen juntos. Y al parecer nada amigables.

- ¡Es un imbécil! ¡Me dijo que se llamaba David, y ahora resulta que es tu amiguito! ¡No quiero volver a verte!- Paula grita como una loca mientras Javier trata de averiguar cuál es la cara que debe poner. De momento, la de sorpresa que tiene parece que no está mal.

- ¡Yo tampoco quiero volver a verte!- el tono en el que lo dice provoca las risas de los dos integrantes de la tribu urbana desconocida que, ajenos al lío que tienen formado los demás, son los únicos que captan realmente la esencia de la escena.

Es puro teatro y, además, malo.

Paula sale corriendo seguida por Ana y Javier que, como no sabe qué hacer, corre detrás de ellas hasta el coche de Ana.

Los demás se quedan parados en la acera, perplejos por lo que está sucediendo.

- ¿Se puede saber por qué me has pegado otra vez?

- ¡Es que no sabía qué hacer!- Paula está siendo sincera. Se ha puesto nerviosa y ha decidido arreglar aquel embrollo rápidamente.

- ¡La próxima vez que no sepas qué hacer cruza la calle sin mirar, guapa!- dice mientras se frota la mejilla dolorida.

- A ver que yo me entere... -Ana es la más despistada de la historia. Se queda un rato sin

saber qué decir. - ¿Entonces?

¿Vais a acabar saliendo o no?

Los dos se miran y se encojen de hombros mientras sonríen. Ninguno está seguro.

- No sé Ana, a lo mejor no me perdona que le haya pegado.

- A lo mejor no me perdona que sea el amigo de Ángel.

- Todo depende de esos dos factores - Paula y Javier han hecho una síntesis del lío en el que se hallan sumidos. y han evadido contestar a algo que a estas alturas es casi ya una respuesta obvia.

- Si no acabáis saliendo sólo por eso es que sois idiotas.

Bueno, un poco sí. Si os hubierais ido a estas alturas yo estaría con Ángel, y no aquí paseando a dos indecisos por Madrid. Lo que más me jode es que Susana estará con él.

- No te preocupes, Susana ladra, pero no muerde.

Seguro que Ángel acaba pasando de ella.

* * *

Ángel no duerme esa noche. Susana trata de pegarse a él, pero finalmente puede despistarla en el salón de su casa, y se encierra con pestillo en su cuarto. A la mañana siguiente no sale a desayunar, y tampoco cuando llega la hora de la comida, salvo unas breves excusiones al cuarto de baño en las que evita al resto de la familia. Sólo cuando su madre le dice, dos días después, que Paula quiere hablar con él atraviesa la puerta. Ana y Javier ya lo han intentado más veces. Sin éxito.

- ¿Vienes a contarme que fuiste tú quien alquiló a Javier?

- No, supongo que eso ya lo sabes.

- No tenías que hacerlo. Yo podía haberte acompañado.

- Sabes que no. Si hubiera aparecido contigo después, por menos de nada, tendría que casarme contigo. ¡Ya conoces a mi padre! Si hay algo de lo que estoy segura es que no quiero hacerte daño. Aunque esta vez me he lucido...

- ¿Entonces le prefieres a él?

- ¡Ángel! Tú eres tan importante para mí como César o Eduardo. Eres mi hermano, como ellos. No te puedo ver de otro modo. Creo que ningún chico de los que conozco es tan guapo, tan divertido y tan atractivo como tú, pero no siento nada más allá del cariño. Lo que quiero es que nos perdones a todos, por haberte mentido. Eso me duele mucho.

- Ya...

- Marta y Raquel ya nos han perdonado. ¡Por favor!

Abajo hay dos personas que te esperan, Ángel.

- ¿Quién?

- Baja.

En el portal Ana y Javier esperan que Paula convenza a Ángel para que salga de su encierro. Cuando le ven llegar por la escalera es Javier el que tomó la iniciativa.

- Ángel, yo... quiero que me perdones porque... debí

contártelo en cuanto lo supe - Ángel llega lentamente a su amigo, con una expresión en la

que se mezclan amargura y perdón y cuando ambos están cerca le da una patada entre las piernas que le hace caer por los suelos sin respiración.

- ¡Y la próxima vez que te ligan a una chica de la que yo esté enamorado no lo cuentas! A partir de ahora haremos como si nada de esto hubiera pasado - Ángel agarra a Ana del brazo y salen del portal.- Tengo hambre. ¿Te apetece comer conmigo? Lo único malo es que me vas a tener que invitar tú

porque me he bajado en pijama.

- Yo como contigo, y te invito si quieres, pero sube antes a vestirme ¡y a ducharte!

- Llevas razón. ¿Vienes?

Y ambos suben las escaleras del portal entre risas.

Parece que Ángel, de momento, piensa pasar página. Paula se queda mirando a Javier y en lugar de sentirse apenada o dolida por el estado en el que ha quedado su chico de alquiler empieza a reírse a carcajadas.

- ¡Pues a mí no me hace gracia!

Esta historia no tiene la intención de ser más que eso, una historia, y quiero que quien la lea disfrute un par de horas y sonría. La sonrisa es siempre la mejor de las terapias de vida. Fue escrita en dos tiempos. El grueso del texto y la trama son de 1.994, mientras las correcciones son de mayo de 2.009, además, de algunas sugerencias de quienes leyeron el manuscrito, que me indicaron algunas lagunas en la historia que no había visto.

He de decir que no me volví loca para elegir los nombres de los personajes femeninos. Creo que todos, excepto Paula, pertenecen a mis amigas reales: Marta, Raquel, Eva, Ana, Silvia... A ellas, gracias por los buenos momentos cuando estábamos aprendiendo a ser personas. El nombre de la protagonista se lo robé a una alumna, ¡gracias Paula! Ella me habla de sus cosas y hace que no se me olvide lo que significa ser adolescente.

Lo que sí me ha vuelto loca es el título. Siempre se llamó Chico de Alquiler pero por no registrar las cosas ahora hay con ese título una peli porno y un par de libros...

Quiero dedicar esto a mis alumnos. He tenido tantos que será imposible poner el nombre de todos ¡chicos, habéis sido muy especiales para mí! pero no por falta de espacio sino de memoria. Ya sabéis que estáis en mi corazón: Rubén, Estela, Soraya, Álvaro, Samuel, Daniel, David, Christian, Jairo, Víctor, Quique, Jesica, Patricia, Melu, Curro, Alberto, Ricardo, Edurne, Sara, Marta, Ainhoa, Mario, Miguel, Marcos, Ana, José, Estíbaliz, Borja, Julio, Irene, María... algunos nombres están repetidos y otros se han perdido entre los recuerdos desordenados de mi mente. Espero que me perdonéis.

Muchas gracias a todos los que habéis leído mi primer libro, La arena del reloj, y los dos relatos premiados en concursos de relato breve: La vida en papel y El reflejo. Gracias a Bárbara Jiménez por su entusiasmo. Y a todos por vuestra confianza y vuestras sugerencias que me ayudan a seguir escribiendo. Vuestras críticas me empujan a mejorar. Para los que queráis conocer algo más de mí buscad mis relatos en Lulu.com.